



# VIVIR EN LINEA

estudiantes y tecnologías en  
tiempos de COVID-19

Alejandro Alfonso





**VIVIR EN LÍNEA:  
ESTUDIANTES Y TECNOLOGÍAS  
EN TIEMPOS DE COVID-19**

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

*Autor*

**Alejandro Alfonzo**

Legajo 26132/4 – Aleealfonzo@hotmail.com

*Directora*

**Astrid Ullman**

*Co-directora*

**Ailén Stranges**

*Diseño de tapa y contratapa*

**María Clara Calderón**

*Ilustración*

**Tomás Juan Cruz Blauyero**

*Facultad de Periodismo y Comunicación Social*

*Noviembre 2020*



# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<b>POR Y PARA ELLXS: AGRADECIMIENTOS.....</b>	<b>1</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>4</b>
<b>PILAR.....</b>	<b>8</b>
<b>ABRIL.....</b>	<b>27</b>
<b>GERÓNIMO.....</b>	<b>44</b>
<b>RAMIRO.....</b>	<b>62</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....</b>	<b>80</b>



# **POR Y PARA ELLXS: AGRADECIMIENTOS**

Gracias

a mi vieja y a mi viejo, eternxs compañerxs, por darme la mano siempre. Gracias por soltarme cada tanto y mirarme desde cerca, para levantarme si me caía;

a Lucía que, con vaivenes, nos empujamos mutuamente a ser mejores;

a Ale y Mati, que me alegraron cada fin de semana;

a Delfina, que cuando dice tío se me cae el corazón;

a Facu, que me vio entre tantxs. Y nunca más nos separamos;

a Berni, que me enseñó que se pueden elegir a lxs hermanxs;

a Foss, mi gran compañero de risas;

a Juampi, que siempre me abrazó y me dijo que todo iba a estar bien. Y estuvo bien;

a Tomi, el mejor artista que conozco;

a Ger, como siempre digo, la persona más graciosa que conozco. Y eso no es poco;

a Ro, Agus, Cami y Kar, que hicieron a la facultad mi segunda casa;

a Ailén y a Astrid, que desde aquella videollamada en pandemia, se convirtieron en excelentes compañeras;

a Abril, Gerónimo, Ramiro y Pilar, que desde la primera entrevista, se abrieron y respondieron cada pregunta con una sonrisa;

a Clara, que se diseñó una terrible tapa en el apuro;

al Instituto Juan Manuel Estrada, que confía en mí;

a la gente de Magaró, que me acompañó y me bancó en este recorrido que inició en 2015;

a mis compañerxs y docentxs de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social, espacio que me enseñó y me sigue enseñando.

Nuevamente gracias a todxs.





# INTRODUCCIÓN



Se dice que la primera persona comenzó a tener síntomas el 1 de diciembre del 2019. Otros estudios mencionan que el caso cero apareció el 17 de noviembre. Así de confuso fue el inicio de la enfermedad respiratoria COVID-19, generada por el virus SARS-CoV-2.

Lo que sí sabemos es que durante los últimos días del 2019 ocurrió un brote inicial en Wuhán, China, en el que muchas personas comenzaron a tener síntomas similares a la neumonía, pero por causas desconocidas.

No obstante, no se logró aislar a todas las personas que habían estado en contacto con los primeros enfermos y el virus comenzó a propagarse lentamente por todo el mundo. Sin conocer las causas ni las consecuencias exactas de la enfermedad comenzaron a ocurrir situaciones similares en diferentes lugares de Europa.

Lentamente, en base a diferentes estudios de las personas hospitalizadas, distintas organizaciones encabezadas por la Organización Mundial de la Salud (OMS) comenzaron a brindar información necesaria para enfrentar la enfermedad. También, los números de contagios y defunciones empezaron a ocupar las noticias en todo el mundo.

El 25 de febrero se diagnosticó el primer caso por COVID-19 en Brasil y en Latinoamérica. El 29 del mismo mes ocurrió el primer fallecimiento en Estados Unidos. Los casos aumentaron y aumentaron hasta que, el 7 de marzo se reportó la primera muerte en Argentina.

El 11 de marzo la OMS catalogó a la enfermedad como pandemia. En este sentido el gobierno argentino, ante la avanzada del virus en el país, decidió rápidamente cerrar fronteras e intentar prevenir una mayor ola de contagios. Por este motivo, se propuso un aislamiento optativo el 16 de marzo que se convirtió 4 días más tarde en el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO) a través

del Decreto Nacional 297/2020, situación que se actualizaría en las 2 próximas semanas.

Fueron 14 días llenos de incertidumbre, en el que la situación no cambió. Dos semanas después, el presidente Alberto Fernández apareció en cadena nacional y brindó motivos, estadísticas y sobre todo esperanza de que las decisiones al respecto eran las correctas. Y así ocurrió incontables veces. Sin dudar, pocas fueron las personas que pensaron que el ASPO se prolongaría por tanto tiempo.

En los artículos 5 y 6 del Decreto inicial, se establecieron las actividades que se suspendían, como también los servicios y personas que quedaban exceptuadas a cumplir el ASPO, ya que su trabajo/función se consideró esencial en el marco de la pandemia. En este sentido, todas las instituciones educativas, públicas y privadas, no se consideraron esenciales y debieron trasladarse, las que pudieron, a una virtualidad forzada.

Es en esta mudanza inesperada, me interesó hacer hincapié en los espacios educativos pero, sobre todo, en lxs estudiantes: los vínculos generados en los patios, en las entradas o salidas, en los recreos y sobre todo, en las aulas, habían migrado a la virtualidad. Así, el conocimiento en conjunto, las risas, los debates, algún chiste inesperado para elx docente pero ansiado por el grupo de estudiantes, los llantos, los enojos, los abrazos, las instancias de evaluación, sufrieron un éxodo hacia la pantalla.

Lxs actorxs elegidxs para los siguientes relatos no se desconectaron. Lxs 4 estudiantes, 2 de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social y 2 de una escuela privada de City Bell, en La Plata, son estudiantes que han podido sostener el vínculo con sus respectivos espacios educativos. Esto se debe a que contaban con accesibilidad, es decir, dispositivos tecnológicos e internet y, a que tenían

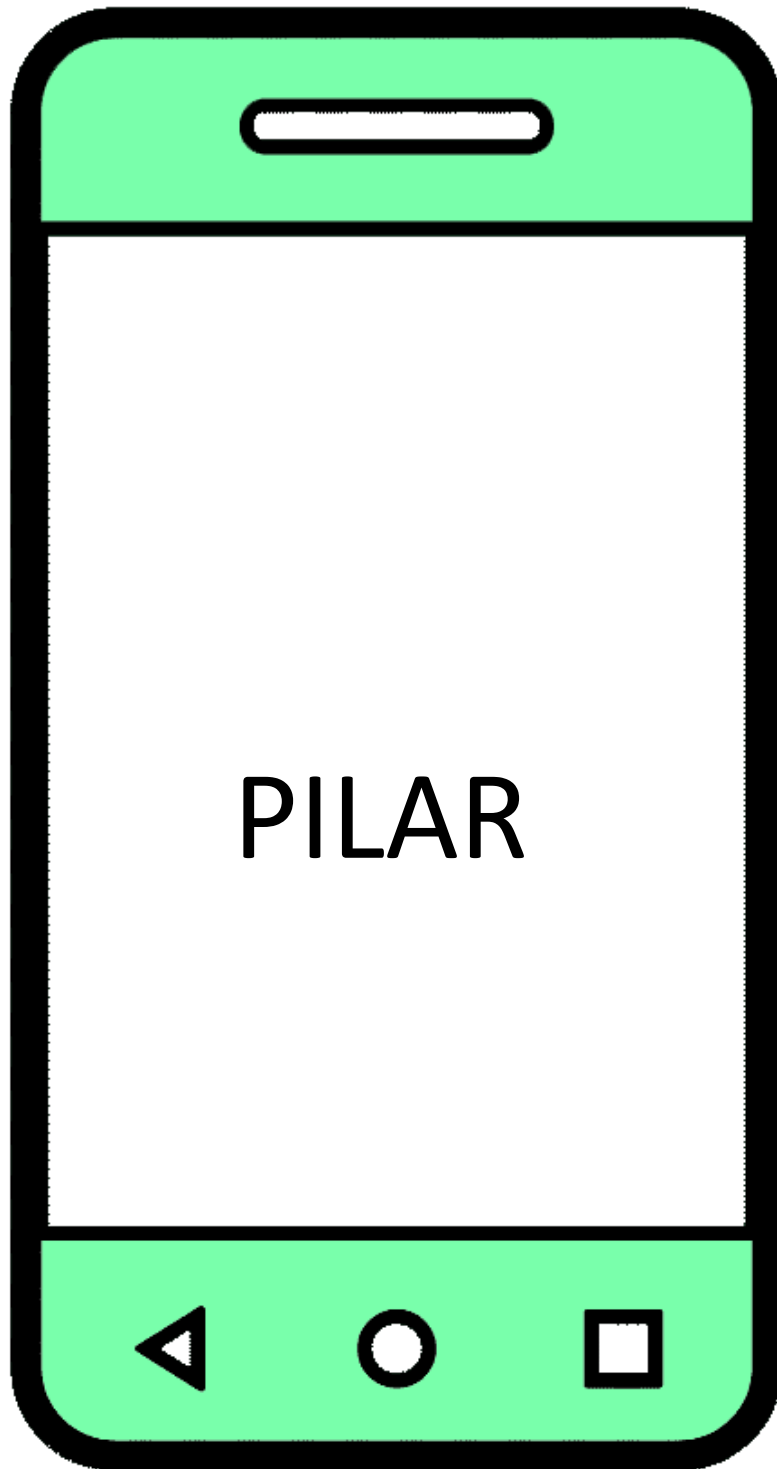
cierto conocimiento sobre el uso de las plataformas virtuales. Accesibilidad y apropiación: dos tópicos necesarios para mantener el vínculo pedagógico.

Sin dudar, lxs entrevistadxs fueron personas en situación de privilegio en este contexto.

¿Por qué entrevistarlxs?

La pandemia y el confinamiento también me alcanzaron, por lo tanto, la accesibilidad en relación a conseguir entrevistadxs fue acotada. En este sentido, me interesó dar cuenta de las relaciones entre lxs chicxs que pudieron mantener el vínculo pedagógico, las tecnologías y su rol como estudiantes, entrelazamiento originado y agudizado por la crisis sanitaria que todxs, lamentablemente, conocemos.

Las cuatro historias que vas a encontrar en este libro no son una representación de lo que fue la educación en pandemia, ni visibiliza al total de estudiantes en tiempos de COVID-19. Todo lo contrario: da cuenta de las subjetividades de solo 4 personas. Nada más. Ni nada menos.





## EL SÍNDROME DE LA CABAÑA

—Me da miedo cruzar la calle, ¿entendés lo que es eso? —detrás de la pantalla, ella se ríe y le resta importancia al miedo—. Al principio, cuando volví a trabajar, también me daba mucha ansiedad hablar con gente fuera de mi entorno.

Las consecuencias del COVID-19 alcanzaron a Pilar. A mí y a vos también. A todxs, pero de diferentes maneras.

—Es que yo estoy segura acá, en mi zona de confort. No necesito salir.

Los ojos recorren el interior de su departamento en La Plata y se posan sobre su perro, al que todos los días sacaba a pasear antes del 20 de marzo. La mirada vuelve a la pantalla y se encuentra con la mía, con una computadora de por medio.

Pilar es ingresante en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social (FPyCS). Solo tuvo clases presenciales durante la materia introductoria de la carrera. Por lo tanto, conoce a sus compañerxs, docentes y tutorxs actuales por y desde la virtualidad. Solo va a *McDonald's*, lugar donde volvió a trabajar hace un tiempo, después de algunos meses cerrado.

—Solo salgo a trabajar. Pasa que, nosotrxs, lxs seres humanos, tenemos que satisfacer nuestras necesidades básicas y las hacemos en nuestra casa. Entonces no salimos de nuestra zona de confort y nos vamos encerrando en nuestra individualidad —Pilar, habla rápido y sin vergüenza, como escupiendo algo guardado por mucho tiempo—. A mí me pasó. Tuve y tengo miedo al salir a la calle, más siendo mujer.

La enfermedad es una: aquella que, con los números de contagios y defunciones, se pasea por todos los medios de comunicación. Sin embargo, las consecuencias son muchas: perder a seres queridxs, quedarse sin empleo, conseguir nuevos sustentos económicos, ser unx inmigrante en el contexto virtual o, como Pilar, tener miedo.

—Veo al entorno como peligro total, pero, en realidad, sé que es falta de costumbre. Hay un psicólogo, Juan Pablo Kovacevich creo, que habla del síndrome de la cabaña. No sé si será cierto.

El síndrome de la cabaña es un concepto que se comenzó a utilizar a principios del siglo pasado, en Estados Unidos, lugar donde debido a los crudos inviernos, debían pasar mucho tiempo encerradxs en sus cabañas. Metafóricamente, se volvió a hablar nuevamente de este complejo como una consecuencia del largo período de confinamiento, ya que el hogar es el espacio de seguridad y confort ante el supuesto peligro exterior. En este sentido, volver a salir desarrolla consecuencias como miedo, ansiedad o la necesidad de estar en el espacio de seguro.

Diarios y portales nacionales como *Página 12*, *Infobae*, *Clarín*, *Perfil*, *La Tinta*, entre otros, publicaron artículos en relación al tema. Sin embargo, la Organización Mundial de la Salud (OMS), diferentes organizaciones de psicología a nivel mundial y el Colegio de Psicólogos de La Plata, entre otros espacios legitimados, no consideran al síndrome de la cabaña como una enfermedad, trastorno o justamente, como un síndrome.

Daiana Fernández, psicóloga platense, afirma que lo que más notó en la mayoría de lxs pacientes fue un fuerte sentimiento de angustia, principalmente debido a la incertidumbre, al desconocimiento de la durabilidad de la situación y al temor a contraer el virus, ellxs o algún familiar.



La profesional, que trabaja en la localidad de City Bell con adolescentes en una fundación escolar, en su consultorio privado y en dos instituciones de atención a personas en tratamiento por consumo problemático de sustancias, resalta la novedad del estado de confinamiento y el desconocimiento de las enfermedades posteriores que puede provocar este marco. Además, proyectando una salida progresiva del ASPO, agrega que será necesario el paso del tiempo para lograr una comprensión y elaboración de lo traumático vivido.

—La verdad que me desató la ansiedad más grande del mundo — nuevamente, Pilar se ríe—. El hecho de estar encerrada tanto tiempo sola con mi hermana, modificó mi persona.

Pilar recuerda a Belén, su hermana. Ella, 2 años más grande, también trabaja y estudia. Antes de la pandemia compartían algunos almuerzos o cenas que variaban según sus agendas, pero sostiene que antes del 20 de marzo nunca pasaron tanto tiempo juntas.

Un pequeño gato se posa sobre el teclado de la computadora y la cámara se apaga. Después de unos segundos, Pilar reaparece y dice que por estas cosas odia la virtualidad. Aprovecha los recuerdos y enumera todas las cosas que hacía antes de la cuarentena:

—Antes tenía una rutina: cursaba, iba al médico, a trabajar, comía con mi familia, llevaba al perro a la plaza y me juntaba con mis amigas.

Hay risas, pero también enojos. Las sensaciones son varias y, al igual que Pilar, miles de personas lo confirman. En este sentido, el último informe del Observatorio de Psicología Aplicada de Buenos Aires, *Crisis Coronavirus N° 11, Salud Mental en Cuarentena* (2020), llevado a cabo después de 124 días de confinamiento visualizó resultados contundentes: en 7140 personas consultadxs, 75,83% de lxs participantes reportó experimentar malestar psicológico, el 54,2%

reportó consumir alcohol y 43,75% consideraron necesario tratamiento psicológico.

Se escucha un suspiro mientras una mano acaricia un pequeño gato. Mirando hacia arriba, haciendo fuerza para recordar, Pilar dice que no necesitó hacer terapia psicológica pero que lo único que quiere es que termine la cuarentena:

—Además de estar muy aislada, necesito dejar de pensar tanto.

\*\*\*

La música a través de los auriculares le hace olvidar el contexto. Por algunos minutos, ocurre. No le parece raro que nadie se siente al lado de nadie. Solo por un rato, se esfuerza para que los barbijos no la depriman y deja de extrañar las sonrisas en las caras. Entonces se acostumbra. Los viajes en micro se vuelven una pequeña rutina dentro de tanta incertidumbre y, el chofer escondido a través de una barrera de plástico, ya no desentona. Después de tanto, disfruta viajar en micro.

El semáforo se pone en rojo en la esquina de 7 y 38. Pilar ve algo que no quiere ver en la plaza de la cuadra siguiente. Se mueve en el asiento y se esfuerza para ver mejor a través de la ventanilla. Y ahí está, finalmente lo confirma: dos nenas que no superan los 6 años se ríen y bailan con un celular en la mano.

—Estaban jugando al TikTok, ¡¿podés creer?! Al TikTok, en una plaza. No lo podía creer.

Esteban Magnani (2020), licenciado en comunicación y escritor del ensayo “Educación y tecnologías, adentro de la caja”, resalta la importancia de las

pantallas como espacios de sociabilización y construcción de sus propias subjetividades en este contexto pero también tilda a la relación como problemática. En este sentido, Adrián Cannellotto (2020), rector de la Universidad Pedagógica Nacional y escritor de “Universidades viralizadas: la formación en y post pandemia”, también resalta a las tecnologías y concibe a la relación humano – máquina como inseparable e indiscernible: “estamos totalmente imbricados en eso que a veces llamamos ligeramente ‘herramienta’. Una herramienta que interpreta y produce el mundo de una determinada manera”.

Las redes sociales son anteriores a la pandemia. No es novedad que en una plaza los celulares sean protagonistas. Acaso, ¿hay espacios libres de celular? ¿La diversión real es sin celulares o simplemente las tecnologías también construyen nuestra cotidianeidad?

Paralelamente, Pilar lo entiende y lo siente. Tanto, que expresa que está en una relación inestable con las redes sociales. Se rompió el amor, o lo que haya. Solo hay necesidad, dice.

—Justo antes de la cuarentena, había decidido desinstalar algunas aplicaciones.

El celular en la mano de Pilar corre peligro, ella lo mueve de un lado para otro, casi a punto de soltarlo mientras explica porque las había desinstalado:

—Las dejé de lado porque me dispersaba de la realidad, estaba sumergida en otro mundo a través del aparato—. Habla mientras mira su teléfono Samsung, un tanto desgastado. —Las redes sociales incrementaban mucho mi ansiedad: pasaba de una aplicación a otra, como mundos distintos.

Silencio. Un par de ojos se humedecen, se inundan y antes de lo esperado estalla una risa salvadora.

—Cuando empecé a cursar tuve que usar más el celular, ¡justo que lo había dejado un poco de lado lo tuve que volver a usar obligatoriamente!— Pilar, sin darse cuenta levanta la voz—. ¡Estaba muy enojada en mi cabeza!

Otra vez el silencio se hace presente. De manera un poco más reflexiva, explica que ahora se entretiene con aplicaciones que había empezado a usar para la facultad. No se vuelve a enojar y concluye, angustiada:

—Este es el resultado de la cuarentena: tuve que usar más el celular y las redes sociales, lastimosamente.

La migración fue difícil y también, inesperada. Mariana Chendo (2020), socióloga argentina, describe el paso a un contexto de confinamiento y de virtualidad, como “la migración global más formidable de Occidente en tiempo record: más de 1560,2 millones de humanos desplazados hacia el mismo sitio en el menor tiempo” (Educación 2020: los migrantes forzados. *Iberoamérica Social*.) Si bien la referencia recrea el paso de la educación presencial a la virtual, este último se construyó como el nuevo y único espacio de sociabilidad. Las casas, se convirtieron en *HomeOffice* (lxs privilegiadxs que pudieron), en espacios educativos y en lugares de ocio. Los celulares, las redes sociales, las plataformas de videollamadas, fueron los nuevos espacios de encuentro. Fue adaptarse o adaptarse.

—Y a mí me costó. Esa pregunta me hace mal—. Pilar no se ríe y habla seriamente.

—A mí no me gusta chatear, no contestaba los mensajes, no me conectaba a las videollamadas, entonces me aislé. Definitivamente, más de lo que quería.

Para aquellxs que prefieren los encuentros físicos, el “cara a cara”, como Pilar, el aislamiento físico y obligatorio, desarrolló y agudizó, un aislamiento virtual. Sin embargo, a pesar de que las relaciones virtuales prometen

complejidades, como sentencia Esteban Magnani: “la desconexión no parece ser una alternativa viable”.

—Me pasó que la única forma fue el celular y sinceramente no la elegí. Ahora estoy mejor, tengo más roce social porque volví a trabajar y también pensé que tengo que adaptarme, si o si.

Instagram volvió al celular de Pilar. Dice que aunque es difícil, encontró un equilibrio. También comenzó a utilizar *Zoom* para encontrarse virtualmente con sus amigas, aunque ya la usaba para la facultad.

—Es que a los vínculos hay que alimentarlos, sino se van deteriorando. Ya pasaron 5 meses, no me quedó otra opción.

Las tecnologías, sin dudar, conciben muchas definiciones, interpretaciones e interpelaciones. Chendo, habla de “una nueva tierra”. Pilar la define como un medio para llegar a algo, una herramienta. También resalta su aspecto negativo al explicar que nos desvía la atención y que se usa mucho para el entretenimiento. Un poco dubitativa, piensa que nos atraviesa todo el tiempo.

Sin embargo, hay preguntas que no necesita pensar, que responde sin dudar, ni vacilar:

—¿Cómo fue tu adaptación a este nuevo contexto?

—Lenta y dolorosa.

\*\*\*

## LA INVASIÓN DEL SIGLO XXI



Compartir intimidad

Unas puteadas inundan el departamento, el silencio de domingo se rompe y el perro acostado al pie de la cama, levanta su cabeza sobresaltado. Las lágrimas brotan desde los ojos de Pilar y caen en el teclado de la computadora. Ella no entiende. Las preguntas son muchas pero las respuestas no. Sin embargo, de algo estaba segura: que odiaba esta virtualidad de mierda.

—Puteé y lloré por ese parcial. Menos mal que después lo aprobé, pero fue una cagada.

El examen fue de Medios, Comunicación y Poder, una de las materias principales de primer año. Una de esas que si no la aprobás, además de no poder cursar otras, te desmotivás.

—No lo pude adjuntar en *Classroom*, entonces le escribí a la profesora para ver si se lo podía mandar por mail. Ella me respondió que sí, re piola la verdad. Es más, me pasó su celular.

Pilar explica que lo envió por mail y que esperó la respuesta. Una semana, una y media, dos. Finalmente, la docente publicó las notas y no estaba la suya.

—Le comenté una publicación del grupo que tenemos y la profesora no me creyó. Le mandé capturas de pantalla y tampoco. Por suerte aprobé el recuperatorio, pero una cagada el momento.

El enojo, de hace algunas semanas atrás, volvió. No entiende porque no le creyó.

—Lo que más me molestó fue que me organicé con las otras materias, con el trabajo, ¡con mi vida!

La virtualidad es nueva. Y lo nuevo, incomoda. Por lo menos al principio, especialmente cuando es de manera obligatoria. Los exámenes y las correcciones en esta modalidad también se desarrollan de manera inédita. Lxs docentes tuvieron que organizarse de un día para el otro, sin preparación y sin tiempo. Lxs estudiantes que pudieron sostener la conexión, fueron empujadx a adaptarse a una modalidad a veces sincrónica, a veces asincrónica.

*Zoom, Jitsi, Facebook y Google Meet*, conforman la lista de aplicaciones más utilizadas para “verse”. *WhatsApp, Gmail, Aulas Web* son algunas de las plataformas para enviar archivos. Aún así, entre tanta oferta, Pilar y la profesora tuvieron problemas de comunicación.

—Sin dudas, prefiero lo presencial. Escuchar al otro, los distintos puntos de vista, las clases fluidas.

Pilar se refiere al aula y a las clases presenciales como un terreno que tiene un circuito propio. Inés Dussel (2020) habla de un espacio íntimo y de autonomía. Flavia Terigi (2020), lo caracteriza como un lugar común.

—También dejé una materia. Fue un error mío, no sabía que me tenía que inscribir al teórico. Estoy segura de que si estábamos en la facultad, no pasaba.

No. No pasaba.

Seguramente el o la docente del práctico le hubiese preguntado a qué teórico se había inscripto. O sus compañerxs lo habrían comentado, en alguna charla espontánea. Tal vez en las carteleras de los pasillos habría notado los horarios de las clases teóricas. En las mesas del buffet, haciendo la fila para pagar, calentando la comida en el microondas o simplemente haciendo tiempo para esperar una cursada habría escuchado casualmente una conversación. En las escaleras, en el espacio del centro de estudiantes, en el bondi o en algunos de los espacios verdes de la facultad.

En algún lado, con alguien.

Las instituciones educativas tienen rasgos propios, espacios habitados, pensados y establecidos a través de toda la historia. Como propone Flavia Terigi (2020) en su ensayo “Aprendizaje en el hogar comandado por la escuela: cuestiones de descontextualización y sentido”, los espacios educativos forman un contexto específico de aprendizaje pedagógico, diferenciándolo de otro, en particular, “del que tiene lugar en la vida cotidiana fuera de toda intencionalidad instructiva”.

Pilar respira y asiente. La sonrisa vuelve y sus ojos expresan lo que sus palabras intentan conjugar. La expresión de satisfacción no muta y Pilar explica que al principio estuvo “atrás” de algunos docentes pero que era de esperarse.

—Es cierto, hay cosas positivas también. La verdad es que es una facultad súper empática. Yo vengo de hacer un año en Derecho y nada que ver.

La Facultad de Periodismo y Comunicación Social es una entidad educativa que promueve el encuentro, los trabajos en grupo y sobre todo, el *otrx*. Es así, que el inicio de clases se retrasó solamente dos semanas de la fecha típica. En medio de la urgencia, el acostumbramiento y el uso a nuevos métodos, los docentes de este espacio educativo no tardaron en habitar el marco tecnológico a través de clases sincrónicas y asincrónicas.

—Una amiga de mi hermana estudia medicina y nos dijo que daba el año por perdido. Yo, todo lo contrario.

Pilar, se sorprende por un discurso más que habitual en diferentes medios de comunicación, como el título de la nota periodística emitida el 16 de septiembre: Coronavirus en la Argentina. “Un año de clases perdido”: ¿Cuánto tiempo le llevará a los chicos recuperar los aprendizajes?, *La Nación*.



¿Realmente está perdido? Pilar piensa pocos segundos y responde sin dudar:

—Yo pienso que no. Depende de cada situación. Lxs docentes se pudieron organizar. En las cursadas aprendí. Leí más que nunca, nos mandaron hasta tareas los sábados. Igualmente, me faltaba eso.

—¿Qué?

—La gente.

\*\*\*

En la pantalla de una computadora portátil unos veinte cuadrados comparten la escena. Hay uno específico, bordeado por líneas amarillas, en el que se ve a una mujer hablando. Alrededor, en otros más pequeños, se pueden ver a chicos y chicas hacer diferentes cosas. Algunxs, están en la cama, tapadxs hasta la cabeza. Otrxs, comen algo casi sin mover la boca y, la gran mayoría, toma mate. Pocxs son lxs que escriben apuntes y que cada tanto, prenden el micrófono para intervenir.

En el departamento no hay ruidos. El sol apenas entra por la persiana y cada tanto ilumina algún hueco de la habitación. Unos auriculares blancos y enredados, nuclean la voz y la explicación de la profesora. De repente, la risa de Pilar irrumpe el silencio de un martes por la mañana. Después de llevarse la mano a la boca, se saca los auriculares, revisa si tiene la cámara y el micrófono apagado, y se ríe, con ruido y sobre todo, con ganas.

Después de unos minutos sin parar de reír, se lava la cara y vuelve a la clase, por *Zoom*. Nuevamente se coloca los auriculares, aún con una sonrisa. Mueve la cabeza de un lado para el otro, y después de un minuto, algunas risas esporádicas, rompen la monotonía de cuarentena.

—No lo podía creer. ¡Se había prendido un porro, en plena clase! Esas son cosas que para mí se hacen en la intimidad, no en público. Igualmente fue gracioso, para contar un poco, viste.

Intimidad, según la Real Academia Española significa “zona espiritual íntima y reservada de una persona o de un grupo” (s. f. definición 2). Aquello que era nuestro hogar, se rompió. Tal vez, una cámara apagada y un micrófono apagado intentan mantener una intimidad en peligro. ¿A qué precio? ¿Hay que elegir entre intimidad o participación? ¿O ninguna es posible sin dejar de lado la otra?

El término invasión puede ser percibido como un antónimo de la intimidad. Para Pilar, lo es. Se siente invadida. ¿Será por eso que en ninguna materia prendió la cámara?

—Este contexto es muy invasivo. Primero, la cámara, que se vea mi casa y demás. Después, las plataformas te dicen si entregaste las tareas o no, los docentes están atrás de nosotros enviándonos lo que hicimos o no.

Es cierto, las plataformas no son inocentes, ni meras herramientas. Como proponen en el ensayo “Acerca de ganar y de perder, ¿la clase en modo pantalla?”, María Adelaida Benvegnú y Analía Segal (2020), docentes universitarias, la mediación tecnológica presente en la virtualidad no ocurre de manera neutral. Ambas pedagogas proponen que las aplicaciones llegan al usuario, con una base de datos y una organización previa ya organizada “que prevé determinados enlaces, a la vez que relega o descarta otras posibilidades”. De esta manera, el camino que elige el usuario ya está pensado previamente. Por ejemplo, en *Gmail*, la mensajería de *Google*, la opción de predicción de palabras ocurre de manera obligatoria.

Mariana Chendo (2020) también insiste en las dificultades de la migración forzada a la virtualidad: “las voces se pierden metálicas, incomodan los silencios

y se cierran los micrófonos” (Educación 2020: los migrantes forzados. *Iberoamérica Social*). Pilar lo refuerza y relata su vivencia:

—Incluso cuando uno quiere hablar, habla otro encima. Tampoco hay expresiones y en las clases no hay tanta participación, estamos todos más guardados.

La cámara, los micrófonos, las plataformas y los grupos facultativos son algunos rasgos de la invasión de diferentes espacios al hogar. Primero Foucault (1966), luego Dussel (2020), caracterizan a este momento como la ruptura de las heterotopías, ya que se rompe el umbral de cada espacio para fundirse en uno. De esta manera, Inés, plantea la complejización de la domesticación escolar: lxs estudiantes pierden la posibilidad de construir autonomía, aparece una vigilancia panóptica familiar y del espacio educativo y, se pierde el aula como espacio de vínculo.

Al lado de la cama hay un escritorio con algunas hojas sueltas, un cargador y una pequeña lámpara. Casi todas las mañanas, tardes y esporádicamente por las noches, Pilar o su hermana se turnan para utilizar aquel espacio. Pocas veces estudian juntas, para no invadirse, dice Pilar.

—Es necesario un lugar para concentrarse y no distraerse. Yo tenía muchas distracciones.

Prestar atención es tiempo y el tiempo, en el siglo XXI, es una mercadería. En un contexto efímero, donde solo se nos permite gastarlo o invertirlo, prestar atención a una pantalla durante un tiempo prolongado, es un desafío. De esta manera, estar en nuestras casas con ciertas distracciones e intentar participar de clases facultativas, es una actividad difícil de desarrollar.

—Yo soy una privilegiada, porque tengo casa y vivo solo con mi hermana. Algunos tienen hijos y se les complica. Tampoco se pueden utilizar bibliotecas públicas. Son tiempos difíciles.

\*\*\*

—Si. Si... Sin dudar, si, elijo lo presencial. No hay dudas.

—¿Por qué lo decís así, tan segura?

—Es que es obvio, ¿no? Me faltó el roce social, conocer gente, la fluidez de las clases.

—Entonces no rescatas nada de la virtualidad.

—Si, tal vez estás más cómodo, en tu casa. Ponele, yo me había anotado temprano a las cursadas así que safé de eso. Leer un PDF también es cómodo. Pero a lo presencial no lo cambio.

—¿Qué te pareció la tarea docente en este momento de urgencia?

—Tal vez podrían haber sido más creativos. Digo, para hacer más interesantes sus clases.

—¿A qué te referís?

—Y que no sea la enseñanza tradicional, bibliografía, trabajos prácticos, siempre lo mismo. ¿Viste las charlas TEDx? Bueno algo así. Más en este contexto, que tenemos más tiempo en casa para pensar cosas nuevas.

Antes de responder, pienso: ¿de qué manera más creatixs? ¿No es una tarea compleja adaptarse a un contexto nuevo cómo única opción? ¿Todxs tenemos más tiempo? Sumado el problema de acceso en el que no todxs los educadores poseen una computadora e internet, la apropiación y el uso de plataformas virtuales tampoco era propio de sus cotidianidades antes de la

pandemia. Además de que muchxs tienen hijxs y familias a cargo, no olvidemos que la crisis sanitaria también lxs envuelve.

Pienso dos veces y recuerdo a Federico Lorenz (2020), docente bonaerense y autor de “Volver al aula para reconstruir una sociedad”, una nota publicada en *Revista Anfibia* durante el confinamiento. En ella explica cómo se lxs mide con una vara muy alta y denuncia determinantemente: “se ignora que vivimos las mismas tensiones que los demás”.

Pienso por tercera y última vez. Solo me sale decir:

—Igualmente es un contexto especial, para todxs.

—Obvio, todxs nos tuvimos que adaptar rápidamente, porque fue obligatoria. Esta fue la única modalidad disponible. Elx que se adapta se adapta y elx que no, no.

\*\*\*



## “EL NEGOCIO NO SE DETIENE”

Pilar deja el sonido del televisor de fondo. Le gusta escucharlo sin prestarle atención, que esté ahí, dice. También porque recuerda los domingos en su casa, cuando su papá escuchaba los partidos de fútbol.

Entonces, el tiempo vuelve atrás y las voces metálicas de la radio otra vez la despiertan de las siestas dominicales. Nuevamente, se le quema la lengua por los mates de su papá y revive el sabor de las galletitas surtidas típicas de la previa a los partidos. Lo extraña, dice.

Sus recuerdos se interrumpen por las voces que llegan a sus oídos. Esta vez no hay siesta, ni partidos, ni radios, ni lamentablemente, su papá. Solamente está ella, el espejo y el televisor. Se escuchan voces que hablan de la pandemia de COVID-19. De fondo, como de costumbre. Para ella es mejor, que casi no ve televisión pero la deja prendida, para que le haga compañía. Cada tanto, presta atención y escucha noticias referidas al aumento de casos y defunciones y, la apertura de bares en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), entre otras. Rápidamente, agarra el control y pone música.

Su mirada vuelve al espejo y se posan en la camisa rayada, es su pantalón gris y en su cabello, donde en algunas horas, se tendrá que colocar el gorro habitual de los trabajadores de *McDonald's*.

Después de algunos meses, Pilar, vuelve a trabajar. No lo entiende ni lo comparte, pero lo necesita, dice.

—Nosotros paramos pero la economía no, ¿cómo es eso? Yo trabajo en *McDonald's* y me pregunto, ¿somos esenciales?

Pilar trabaja en la sucursal de *McDonald's* que se encuentra dentro del hipermercado *Carrefour*. Desde hace un año, está en la parte de marketing y ella expresa que es su primer trabajo serio y formal.

—Mirá, yo creo que muchísimos comercios se adaptaron para seguir facturando sin parar. No entiendo, ¿dónde está la seguridad social entonces?

Pilar solo estuvo un mes sin trabajar. A pesar de que los aumentos de contagios nunca cesaron, volvió a trabajar. Además *McDonald's*, en estos meses, convivió con contagios internos, protestas por aumento salariales y por explotación patronal.

Sin embargo, por unos segundos reflexiono y los sentimientos encontrados me distraen de la entrevista. En realidad solo puedo pensar en aquellas personas que se quedaron sin trabajo y el que, un puesto como el de Pilar en *McDonald's*, aliviaría enormemente la situación de crisis económica actual.

No defiendo las políticas de flexibilización laboral que sufren lxs empleadxs de este lugar de comidas rápidas pero sí me es necesario remarcar la importancia de que ofrezcan puestos de trabajos en este contexto.

Muchxs intelectuales hablan exclusivamente de la pandemia y sus consecuencias en el sector educativo. No obstante, también hacen una pequeña excepción para referirse a la situación general. Uno de ellxs es Michael Apple (2020), sociólogo estadounidense, que describe cómo el neoliberalismo y neoconservadurismo utilizan y ven a la situación sanitaria como una crisis política, ideológica y económica necesaria de explotar.

—Solo estuve un mes sin trabajar, pero como se dice: los políticos son empresarios también, ¿no?

\*\*\*



## EL MAÑANA

Se peina y sonríe. Mira la cámara y también hacia arriba, pensando. Me dice que espere, que es una pregunta compleja, un tanto existencial. Atina a responder, duda, vuelve a pensar y finalmente dice:

—No sé.

Nos reímos, se toma unos minutos y con más decisión, finalmente dice:

—Ojalá la gente tenga más ganas de charlar.

Le pregunto algunas cosas más sobre series, películas, trabajo. Intentamos romper las distancias tecnológicas y nuevamente insisto.

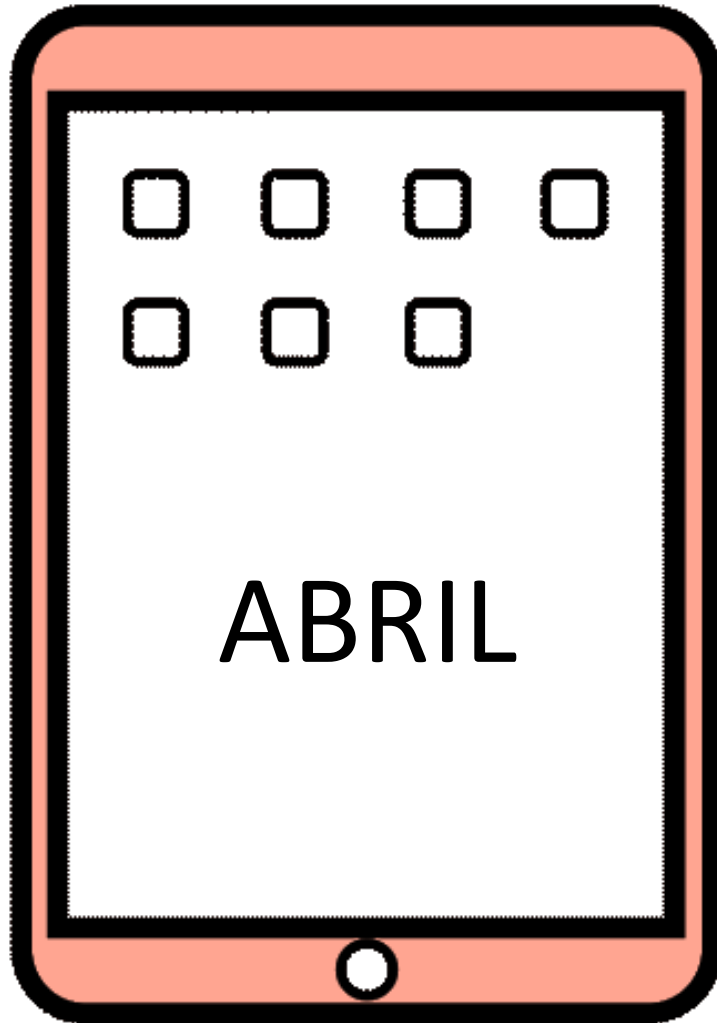
—¿Querés decir algo más sobre “la nueva normalidad”?

—Fue todo muy difícil, el celular explotado, muchas cosas en la cabeza. Solo espero tener reflexiones interesantes de esta cuarentena.

—¿Cómo cual?

—Ser más amorosa. Que todos lo sean.





## MUTEADA



—Y... sin dudas tengo más contras que pro.

El escenario hace algunos meses que es el mismo. En su casa, dormitorio, living o patio, Abril siente que solo se puede comunicar con el afuera a través de la virtualidad.

—Esta modalidad me resultó negativa porque antes hablaba un montón y ahora estoy mucho más tímida. Mi comportamiento cambió y no soy la misma.

La escucho y me identifico. La corta diferencia de edad entre nosotrxs, nuestra posición de estudiantes y sumado a mi rol como docente, hace que la sensación de aislamiento no sea desconocida. Sin embargo, sigo preguntando:

—¿Cómo te organizaste con los tiempos?

—Me sentí más ocupada la verdad. Me angustio antes de empezar un trabajo y capaz estoy dos días lamentándome. Sucede que ahora tengo más cosas que el colegio.

Abril intenta cambiar de tema. Me cuenta de un curso de literatura nuevo y de algunos programas de televisión que antes no veía. Dice que tiene un morbo medio raro por la farándula y nos reímos. Sin embargo, rápidamente le cambia la cara, mira el celular y enojada escupe:

—El tiempo en pantalla lo dupliqué y me siento muy humillada por eso.

Le explico que es lógico y que me pasó lo mismo. Abril no quiere saber nada al respecto, agrega que prefiere usar el tiempo en leer un libro pero sostiene que hay muchas distracciones.

—¿Sabés qué pasa? Te terminás enterando la vida de tus amigos por *Instagram*.  
Es horrible pero pasa.

\*\*\*

Abril piensa y revive en su memoria lo último que hizo antes del 20 de marzo: ver a su sobrino. Ella, desde el inicio del confinamiento y al igual que la gran mayoría de la población mundial, mudó su vida y sus experiencias a la virtualidad. De esta manera, su cabeza piensa en el rol protagónico que han alcanzado las tecnologías en este contexto.

—Es un arma de doble filo, creo. Se puede utilizar para complementar la construcción del ser humano como una identidad plural y amplia —Abril hace una pausa para respirar y no decir algo que no quiere—, pero también puede devastar todo lo que la educación presencial construye.

A ella no le agrada la virtualidad ni las tecnologías pero dice que no le quedó otra opción. Y con razón. Mónica Pini (2020, RePeLe Online), pedagoga argentina, expresa que la situación es compleja y que las tecnologías han producido un aumento de las tensiones: “no son neutrales”.

—Las tecnologías son muy frívolas. Son un contexto distinto, un complemento, nunca van a poder superar lo presencial ni el debate que se puede armar.

\*\*\*

Corre la silla. No, ahí no. Gira la computadora y la ubica justo en frente. Se levanta y, antes de sentarse, prende la luz. Enciende la cámara y ve su reflejo en la computadora, casi como un espejo. Por unos segundos se mira, peina su largo y oscuro pelo y hace una mueca de aceptación. De repente grita y le dice a su mamá que se va a quedar ahí para tener la clase porque la pared es blanca y no se ve nada más. Espera respuesta y nada. Finalmente, abre *WhatsApp Web* en la computadora, busca el link de *Zoom* y justo antes de iniciar la clase, decide apagar la cámara.

Abril suspira, dice que es extraño y difícil encontrar un espacio, avisar que no la interrumpen y encontrar el momento oportuno.

—Creo mucho en eso de las energías y no me va prender la cámara.

Pocas son las clases, encuentros, talleres y espacios virtuales en los que Abril aparece con la cámara y el micrófono prendido. Escucha, pero no participa.

—Pasa que a mí prender la cámara y que se vea mi casa no me gusta. Que te miren todo el tiempo, no me va —recorre la mirada y observa rápidamente el espacio que la rodea—. Además se ve todo, no es que se puede tapar. La casa es la privacidad de uno.

Nicolás Arata (2020), doctor en educación, en su ensayo “La escuela frente a la pandemia. Entre la defensa de lo común y la búsqueda de alternativas”, identifica una narrativa que se ha agudizado en este contexto: la videovigilancia. En este sentido, denuncia que a través de ella “se busca controlar el comportamiento de los ciudadanos” y que se piensa que eso resolverá la crisis.

Piensa lo mismo y sin dudar, Abril dice que la virtualidad es un sistema de control:

—La plataforma, que te vean, todo lo es. También que vean tu última hora de conexión, que sepan si entregaste o no.

Abril respira unos segundos y piensa lo que va a decir. Finalmente, levantando la voz, con las cejas arqueadas y las manos en frente a la cámara moviéndose continuamente, determina:

—Sin dudas, es un sistema de control que se transpoló al hogar.

Pensar a las tecnologías como meras herramientas de la virtualidad es un error: son un nuevo contexto, con lenguajes, reglas y codificaciones propias.

Desde los primeros días en confinamiento, se pensó en la virtualidad como única opción ante la imposibilidad de regresar al aula. Sin embargo, rápidamente, docentes y estudiantes notaron que en nada se asemeja la esfera virtual a la presencial: a veces no hay caras sino recuadros negros, ocurren silencios incómodos, *delays*, problemas de *wi-fi* y voces que interrumpen a otras. Tampoco se sabe a dónde mirar, se extinguieron los choques de miradas, los gestos corporales y la espontaneidad.

Entonces, ¿es lo mismo?

La cámara se prende y, nuevamente, aparece. Con algunos libros bajo el brazo, se sienta, los muestra y simultáneamente cuenta que los leyó a todos y que a ella le gusta eso, el papel. De repente, se calla y responde la pregunta de hace algunos minutos:

—El colegio nos dice que tenemos que ser conscientes de la situación. Pero al estar tanto tiempo frente a una computadora, se pierde un poco eso. Necesitamos el contacto para pensar.

Al igual que Pilar, Abril sostiene que el contacto no se puede generar a través de una computadora o que, por lo menos, es una tarea muy difícil. Abril, muchxs más y yo incluido, necesitamos urgentemente el contacto en el aula: porque nadie nos preparó y especialmente, porque no hubo otra opción.

No obstante, ¿qué sucede con la educación a distancia que es 100 % online? ¿No sirve?

Definitivamente nuestra urgencia, obligatoriedad y frustración en y por la virtualidad son válidas. Sin embargo, generalizar y tildar de ineficaz a la educación a distancia, es injusto para lxs docentes y estudiantes que hace muchos años dedican su tiempo a esta modalidad.

\*\*\*



### LOS JUEGOS DEL HAMBRE, EN PANDEMIA

Algunos titulares de noticias publicadas entre el 20 de marzo y el 1 de septiembre:

Clarín  Opinión

Tribuna  
Irrumpe la educación a  
distancia

Taquini, A. (6 de abril)

Se cumplen tres meses de la  
Interrupción de las clases  
Coronavirus en Argentina: más  
de la mitad de los padres cree  
que con la educación a  
distancia sus hijos aprenden  
menos

Braginsky, R. (16 de Junio)

LA NACION | POLÍTICA | CORONAVIRUS

## Volver a la escuela, a la escuela real

Iaies, G. (17 de Junio)

Secciones

Buscar



LA NACION



SUSCRIBIRSE

## Clases perdidas. La Ciudad insiste en que se pondrán de acuerdo con Trotta para abrir las escuelas

Redacción general. (1 de Septiembre)

Términos como educación a distancia, clases perdidas, oportunidad y escuela real, son parte de un discurso más grande que se intenta instalar en el imaginario social de la población. Entonces, me pregunto:

¿El año escolar está perdido? ¿Esto es educación a distancia o fue una medida urgente ante lo inesperado?

Una mano aparece en la pantalla. Con firmeza, Abril intenta señalar algo. Con la otra se corre algunos mechones de pelo de la cara. Es un día ventoso pero, inesperadamente, ameno al aire libre. Ella está en el patio de su casa y, aunque no lo hizo antes, piensa que es un buen lugar para leer. Sobre todo en cuarentena.

—Así —la mano se tensa aún más—, así de alta está la vara para con los docentes. Creo que estas crisis que nos agarran desprevenidos profundizan mucho la grieta social.

Sin duda, se dieron clases. En un contexto que agudizó desigualdades, la búsqueda incesante de continuidad pedagógica ocurrió. No nos equivoquemos. Como proponen María Adelaida Benvegnú y Analía Segal (2020), docentes del nivel secundario, en el ensayo “Acerca de ganar y de perder, ¿la clase en modo pantalla?”, no es lo mismo la educación a distancia “que supone un cuidadoso trabajo de diseño y de soporte por parte de equipos especializados” y la respuesta urgente actual.

Abril responde rápido y explica que en la escuela donde ella asiste, educadorxs y educandxs trabajan con plataformas virtuales desde los últimos años de la primaria pero entiende que no sucede lo mismo en todos lados:

—Un montón de docentes no tuvieron el acercamiento a la tecnología o tal vez tienen familias y tuvieron que compartir dispositivos.

Lxs docentes dieron clases: lxs que pudieron de manera sincrónica y lxs que no, hicieron lo posible por mantener el vínculo con lxs estudiantes. Desde el primer momento, el gobierno argentino buscó mantener la continuidad pedagógica aunque el contexto de desigualdad se agudizó.

En este sentido, el Ministerio de Educación desplegó diferentes planes de acción. En la TV Pública se desarrolló el programa *Seguimos Educando* con más



de 10 horas diarias para nivel inicial y 6 horas para el secundario. Además, se llevaron a cabo encuentros televisivos en los canales *Paka Paka* y *Encuentro*, buscando lograr cobertura nacional. También se repartieron 20 millones de cuadernillos de 48 páginas para todos los niveles, incluida la educación inicial.

Abril no necesita pensar. Mientras le comento algunos discursos que circulan en los medios de comunicación y le hago preguntas sobre la tarea docente en este contexto, ella mueve la cabeza: a veces de arriba hacia abajo, otras de izquierda a derecha. Asiente y niega. Abril explica que es una tarea muy difícil y que es necesario ponerse en su lugar.

—Creo que en este momento sino desarrollas empatía estás fallando como persona. No es bueno para nadie estar en conflicto permanente.

Por unos minutos, me abstraigo de la entrevista y pienso en los encuentros virtuales que tuve con mis estudiantes la semana pasada. Ahí estaba yo, pidiendo a 20 recuadros negros que prendiesen la cámara y agradeciendo en silencio a aquel valiente que me tuvo compasión. También pienso en Abril que no prende la cámara, pero habla de empatía para con lxs docentes.

No sé. Tal vez es un método de control como sostienen algunos intelectuales, puede ser que sean invasivas o que no sea agradable que observen nuestro hogar. Las excusas son válidas. Sin embargo y desde mi experiencia, puedo afirmar que es desmotivador, frustrante y muy difícil dar clases con estudiantes que no sabes si están.

Además, muchxs docentes solo tuvieron tres días de clases con sus estudiantes. Personalmente, no recuerdo las caras de todxs lxs chicxs.

La virtualidad nos alejó. ¿La cámara apagada no nos aleja aún más? ¿La cámara apagada es tener empatía?

Los primeros días en el Instituto Juan Manuel Estrada (IJME), escuela privada a la que asiste Abril, la comunicación entre docentes y estudiantes fue esporádica y desordenada. De esta manera, el único contacto que tenía ella y sus compañerxs con la escuela durante la primera semana era con el preceptor del curso. Sin embargo y de manera progresiva, la comunicación reapareció, circularon números de *WhatsApp* de docentes, links para unirse a clases online y mensajes a cualquier hora.

—Capaz me enojaba que me hablen un sábado o domingo, al principio. Después noté que muchos están con doble carga horaria y empecé a entender otras cosas.

Abril tiene 18 años y está en el último año de la escuela. El más importante según ella y según muchxs. No por nada, en incontables veces, desde el Ministerio de Educación se pensó al último año como el primero que debía volver a las aulas. Ella dice que se sintió acompañada pero que fue una tarea difícil porque son sexto. Sin embargo, es consciente de ciertas cosas: “Igualmente no creo que sea culpa del establecimiento, sino del contexto y la incertidumbre general.”

Está enojada o indignada. O todo. Me interrumpe, rápidamente dice que no lo puede creer y otra vez habla de discursos que alimentan el sentido común.

—Es como quien opina sin vivirlo. Creo que la cuestión acá es el encuentro, poder hablar de diferentes situaciones.

Se escuchan algunos ladridos inoportunos y Abril apaga el micrófono para callar a sus perros. Por unos segundos, solo se ve el patio: pequeños arbustos lo decoran, un portón negro lo limita y una camioneta lo ocupa. Abril vuelve, pide perdón y dice que no se acuerda de qué estábamos hablando. Le respondo que de los medios y de distintos discursos, de titulares de diferentes noticias e inesperadamente, nuevamente me interrumpe.

—Para los docentes y estudiantes que no tienen acceso es muy difícil. Esta situación es como los juegos del hambre.

\*\*\*

Se acomoda en la silla y apaga el micrófono unos segundos para hablar con su mamá, única persona con la que vive. Le dice que sí con la cabeza repetidamente y, de forma sutil, la acompaña a la puerta. Detrás de ella, puede verse un espejo alto pero angosto, un ropero a la izquierda, una cama tendida, dos muebles enfrentados y muchos libros sobre ellos.

Abril está en su dormitorio, con su computadora, libros, sin ruido y sin personas alrededor. Ella decora su espacio, se auto percibe como una persona en situación de privilegio y sentencia:

—Sé que casa no tiene todo el mundo. Sinceramente, yo estoy en la comodidad absoluta.

También considera que la institución educativa que la envuelve se adaptó rápidamente al contexto de confinamiento porque ya venía trabajando con plataformas virtuales desde hace tiempo. De esta manera *Classroom*, *Gmail* y *Google Drive* entre otras, ya eran utilizadas por docentes de la institución. Además, Abril afirma sin dudar que todos sus compañerxs no tuvieron problemas de acceso a internet, a dispositivos y tampoco presentaron problemas de apropiación y uso de las plataformas.

Ana Pereyra (2020), socióloga argentina, expresa ciertas clasificaciones oportunas en relación con las instituciones educativas en este contexto en su

ensayo “Viejas y nuevas desigualdades educativas. Desafíos emergentes a la formación docente”. La profesional junto a la Secretaría de Educación del Ministerio de Educación, el Instituto Nacional de Formación Docente (InfoD) y la Universidad Pedagógica Nacional (UNIPE) desarrolló diferentes parámetros en base a las desigualdades derivadas del acceso a internet, a dispositivos tecnológicos y a los usos de estos.

En el mejor de los casos, en el “Circuito 1”, las instituciones educativas que la conforman se caracterizan por estar ancladas en la urbanización, contar con buena conectividad y disposición de tecnología. Además, docentes y estudiantes son parte de una “continuidad pedagógica sobre la base de programas propios”. Una caracterización vital es que la gran mayoría de las familias pertenecen a “sectores medios y altos consolidados” y construyen ámbitos apropiados para el “acompañamiento de la actividad escolar”.

El IJME es parte de las instituciones educativas que conformaron el mejor escenario posible en este contexto. Abril también.

Los auriculares casi se confunden con su pelo. Intenta acomodarse, no lo logra y recuerda que desde los 9 años tiene computadora propia y que nunca le faltó nada. Dice que su mamá se asustó por el contexto actual y la parálisis económica pero que, por suerte, están bien. Piensa unos segundos y afirma:

—Mi vida siempre fue muy cambiante.

Otra vez los recuerdos. Abril piensa en su papá, con él que hace algunos años no tiene una buena relación. Sus ojos, llorosos de repente, hacen referencia a todos los años que fue a la psicopedagoga durante la primera etapa de la primaria.

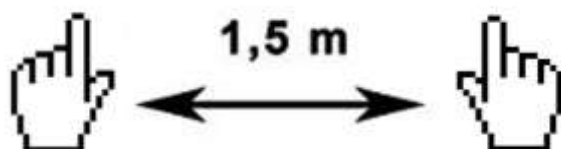
—Pero gracias a lo que viví, soy esto. Más allá de lo que haya pasado, son cosas que me formaron. Me hicieron consciente de la realidad y las cosas que sucedían por fuera de mí.

Se seca la pequeña lágrima casi invisible y sentencia:

—No me criaron en una casita de cristal.

\*\*\*

### INHERENCIA, CERO



Finalmente, se rinde. No entiende por qué no abre la aplicación, se saca los auriculares y manda un audio. Mientras habla con el celular

cerca de la boca, camina por su habitación y se dirige al escritorio. Mueve uno o dos libros, termina de mandar el mensaje y se decide por *El tatuador de Auschwitz*.

—Casi no miro televisión, no soy de ver muchas series. Es más, por decisión propia no tengo *Netflix* ni *Spotify* propios. Además me gusta más leer novelas y cosas escritas en papel.

En el 2001 y en los años siguientes, Marc Prensky introdujo y desarrolló dos conceptos en relación con el uso y la apropiación de las tecnologías: “nativos e inmigrantes digitales”. Según el escritor estadounidense, la generación más joven, nacida y formada en la era digital son nativxs de aquel contexto y las tecnologías son inherentes a ellxs. En cambio, los inmigrantes digitales, son

aquellxs que pertenecen a generaciones más antiguas que se han tenido que adaptar abruptamente a las tecnologías y a sus lenguajes.

Estos discursos se han agudizado en el ASPO ante el gran protagonismo que han obtenido las tecnologías y la virtualidad. Abril lo sabe y piensa en voz alta:

—Es real que los jóvenes tienen más maña por la edad, están en la etapa de descubrimiento. Capaz los adultos se manejan con otras herramientas y no tienen el tiempo suficiente para sentarse.

No estuvo conforme con lo que dijo porque rápidamente agregó:

—No sé si es inherente al niño, sino que es una etapa donde prepondera la tecnología y se les hace más fácil o la crean justamente para que las generaciones la difundan y sea más una comercialización capitalista.

Pablo Quiroga (2014), comunicador social, en su trabajo de investigación *De nativos, inmigrantes y la brecha digital: una revisión crítica al abordaje de educación/tecnología* expresa que la lógica de nativx e inmigrante digital ignora las desigualdades no solo de acceso sino también al uso de las mismas.

De esta manera, incorpora el significado de brecha digital y la entiende como la falta de relación con las tecnologías de algunos sectores. Así, Prensky (2001) sostiene que la brecha solo se produce exclusivamente por el carácter generacional y de acceso. Quiroga (2014) lo critica y denuncia que no hay que pensar en la pasividad de las tecnologías sino que es necesario analizar todas las relaciones sociales que rodean a las personas para entender los usos de los artefactos.

Nativo, según la Real Academia Española, significa “innato, propio y conforme a la naturaleza de cada cosa” (s. f. definición 3). En este sentido, me

cuesta concebir a las tecnologías como parte de nuestra naturaleza, donde tantas experiencias, espacios, grupos de personas, posibilidades económicas y de accesibilidad, entran en juego.

¿Cómo las tecnologías serían inherentes a mi contexto sino tengo las necesidades básicas cubiertas? ¿Y si nadie me enseña cómo usarlas? ¿Mágicamente, porque nací en la misma época que las tecnologías están en auge, podré usar computadoras, celulares, televisores y radios?

Definitivamente, no.

Coincido con Quiroga y puedo afirmar que soy un privilegiado que nací y me crié con la posibilidad de aprehender las tecnologías en mi contexto. Sin embargo, no todos tuvieron la misma suerte. Sin duda, la apropiación no responde a la edad ni es un tema de maña, como dice Abril. Además, tenerlas no significa saber usarlas.

No nos comamos el verso: las tecnologías no son inherentes a las personas y no son parte de su normalidad. La apropiación depende del contexto.

Abril asiente nuevamente con la cabeza, alimenta su crítica y agrega:

—Es imposible en un país donde hay una brecha social tan pronunciada intentar sellar las cuestiones a nivel social con tecnología. No es lo esencial.

¿Qué es lo esencial?

Piensa en voz alta y habla de experiencias. Relata la situación de jóvenes que no pueden usar una computadora porque tienen que ayudar a sus papás y mamás a trabajar. Abril explica que todo se remite a las experiencias de cada uno y que ninguna es más importante que otra. Entonces, termina y pregunta:

—Es como que diga que yo en mi casa diga que tengo lo normal. ¿Qué es lo normal?

\*\*\*



### LA ESCUELA Y ABRIL: CAMBIOS DEL MAÑANA

Mucho se habla de “la nueva normalidad” en los medios masivos de comunicación, en las reuniones escolares por *Zoom*, en las charlas por *WhatsApp* entre amigxs, en las esquinas con distanciamiento y con barbijo y en cada rincón a donde llegó el COVID-19. Se piensa en un futuro a corto plazo que alimenta las esperanzas de que todo se solucionará mágicamente. No obstante, Adriana Puiggrós (2020), pedagoga argentina, es muy crítica con el término: no entiende qué es lo que se quiere encauzar con tanto apremio y de manera apresurada. En su ensayo “Balance del estado de la educación, en época de pandemia en América Latina: el caso de Argentina”, Puiggrós advierte que la repetida “nueva normalidad” “no vaya a resultar normalización de la injusticia social y la desigualdad educativa”.

Abril también es crítica con los noticieros, con las redes sociales, con todo. Sin embargo, se permite pensar en un futuro sin COVID-19 o, por lo menos, sin ASPO. Entonces, imagina el aula y a sus compañerxs de siempre. Rápidamente cambia de parecer y se visualiza en la Facultad de Psicología. Pero se ve sentada en un aula: con otrxs.



—Creo que la virtualidad, lo presencial y lo que aprendas tiene que ver con los intereses de los estudiantes. Por ejemplo pude profundizar ciertas cosas.

Cosas como talleres de literatura y videos en relación con intereses propios. Abril sigue enumerando y también describe cómo la virtualidad la ayudó en algunos aspectos:

—Y por ejemplo, un profesor sube videos explicando a *YouTube* y eso me re ayuda porque lo veo las veces que quiera.

Sin embargo, no escatima en deseos y la vuelta al aula es uno de ellos. Sin dudar dice cómo debe ser la vuelta del aula presencial:

—Lo presencial debe volver y lo virtual debe ser un apoyo.

\*\*\*

En plena pandemia y en pico de contagios, Canal 13 comenzó a emitir en vivo *Cantando por un sueño*. Además, diferentes programas nunca dejaron de decir presente en la agenda televisiva argentina. En este sentido, Abril denuncia:

—Me parece terrible que saquen un *Cantando* con gente que supuestamente es esencial y no puedan trabajar obreros, empleadas domésticas. Es la cultura que el país también busca reproducir.

Escucho y no coincido. No puedo dejar de pensar en aquellas personas que están internadas o que tienen a algúnx ser queridx internadx. No puedo omitir a aquellxs que cayeron en la desocupación o lxs que no pudieron encontrar un lugar

de trabajo en la virtualidad. Todxs ellxs encontraron en la televisión un espacio lúdico y de distracción ante preocupaciones, tristezas y sufrimientos.

Tampoco puedo dejar de pensar en mí, cuando algunos partidos de fútbol me distrajeran momentáneamente de la internación de mi mamá.

*Cantando por un sueño*, los partidos de fútbol, *Máster Chef*... En este momento, ¿importa el contenido?

Seguramente el programa de Canal 13 reproduce discursos machistas y conservadores pero, ¿no generó también puestos de trabajo? ¿No encontraron trabajo además de actorxs, sonidistas y escenógrafxs? ¿El trabajo en televisión o en radio no es real? ¿Solamente los obreros y empleadas domésticas son trabajadorxs legitimadxs como correctxs?

Yo tampoco miro a *Cantando por un sueño* pero, ¿soy yo el correspondiente para decir qué mirar y qué no mirar? ¿Soy yo quién decide lo esencial?

*Fútbol para todos* generó la misma discusión: dónde se debía poner plata. ¿Quién es quién para establecer prioridades o el rango de esencial? ¿Las prioridades de Abril son las mismas que las mías? ¿Son iguales a las prioridades de la población?

Finalmente, vuelvo a la entrevista y escucho que Abril no quiere hablar de una “nueva normalidad”. La incertidumbre es mucha, dice. Sin embargo lo hace, también se critica a ella misma y piensa a la cuarentena como un punto de inflexión:

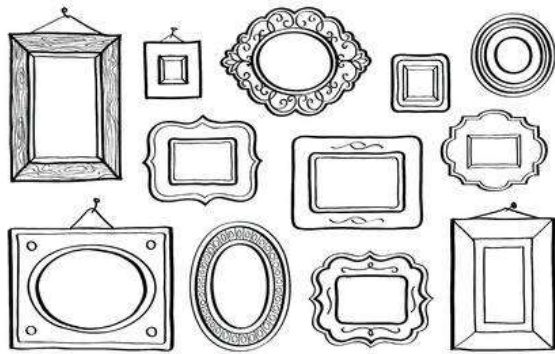
—Pensé lo pelotuda que fui en un montón de cosas. Creo que en este momento te empezás a replantear cosas que hiciste. Me replanteé todo. Por ejemplo, los estereotipos de belleza y el consumismo.

Le pregunto si quiere decir algo más, una última reflexión. Me dice que no, que ya dijo demasiado, que no sabía qué más agregar. Antes de despedirnos y pasar el momento incómodo en el que se cierra la reunión virtual, Abril me interrumpe y sentencia:

—Algo nos tuvo que haber dejado.

# GERÓNIMO





## LA FAMILIA ES LO PRIMERO

Por unos minutos, el tiempo vuelve atrás y sus recuerdos son tan palpables que se olvida de la pandemia, del confinamiento y de la virtualidad. Entonces sus ojos se humedecen, el 2018 se hace

presente y siente la necesidad de explicar, antes que nada, quién es él y quién es su familia.

Fue un año especial, responde. Rápidamente comienza a contar la relación con su mamá, su papá, sus hermanas, sus amigxs, su novia y la influencia de la escuela. Habla de todxs a la vez, pero en la vida de Gerónimo, su mamá ocupa el rol protagónico.

Es necesario hacer un recorrido cronológico para entender ciertas cosas: porque en cuarentena es la primera vez, desde que tiene memoria, que Gerónimo convive con su papá.

Sin preguntas de por medio, él mismo traza un camino que inició con la separación de sus padres, cuando tenía 3 años y se mudó de Rosario a La Plata con su mamá. Su papá también lo hizo pero a Buenos Aires. Cuando Gerónimo tenía 11 años, su hermana Miranda se fue a vivir sola y comenzó a convivir solo con Florencia, su mamá. Ahí arrancaron los problemas, según él.

—Con mi mamá tuvimos y tenemos una relación conflictiva.

Entonces, Gerónimo, estudiante del último año del Instituto Juan Manuel Estrada (IJME) y compañero de Abril, se recuerda a él parado frente a su mamá,

escuchándola, sin poder modular alguna palabra y no entendiendo por qué tenía que soportar eso a su corta edad.

—Por ahí un martes a las 3 am estaba a los gritos con mi mamá y a las 7 tenía que ir al colegio y fingir que estaba todo bien.

Ya no se le humedecen los ojos y la voz tampoco se le quiebra. Él, del otro lado de la pantalla, habla tranquilo y cada tanto se calla abruptamente por unos segundos para cebar y tomar un mate. Luego, pide perdón, toma el último resto de agua y dice que de los 11 hasta los 16 años vivió solo con su mamá: una relación mano a mano.

No hay preguntas. Sin embargo, él continúa explicando por qué fue difícil aquella etapa de su vida, por qué la relación con su mamá era compleja, por qué lloraba y no entendía lo que pasaba:

—Mi vieja tuvo quilombos con las adicciones: el alcohol y las drogas. Yo conviví con ese ámbito demasiado cerca.

Gerónimo no se fue de su casa ni en la primera, segunda o tercera discusión. Aguanté como pude, dice. Tampoco estaba solo, tenía y tiene el apoyo de sus hermanas, una del lado materno y otra del lado paterno. Cuando no soportaba la situación iba a dormir a alguna de sus casas. También estaba Pablo, su papá, que siempre le ofreció su hogar. Sin embargo, sostiene que durante muchos años nunca pensó en irse:

—No quería irme de casa porque no quería dejar sola a mi vieja —ahora sí se establece un silencio incómodo de algunos segundos y en el aire flota la sensación de que todavía falta algo más por decir—. Yo era el único sostén que tenía.

¿Y el sostén de Gerónimo?

—Mi mayor refugio, no tengo ninguna duda, fue el colegio.

En este contexto de cuarentena y de virtualidad, él reflexiona el rol de la escuela durante su vida y dice sin dudar y con una sonrisa espontánea, que fue un lugar en el que se respaldó mucho:

—Yo esperaba ir al colegio, estaban mis amigos, profesores, preceptores y directivos también. Tal vez con alguno tenía una confianza especial y hablaba sobre ello. Me han ayudado muchísimo.

La escuela es un espacio único, pero no nos equivoquemos: no es un lugar mágico donde los problemas queden por fuera. Sin embargo, el aprendizaje, las actitudes, las personalidades y las relaciones se construyen de manera distinta que en otros lugares. La escuela es un espacio igualador, con reglas y con un lenguaje propio. Así, Inés Dussel (2020), propone al aula y a la escuela como un espacio íntimo donde hay una coreografía de los cuerpos ya instalada.

Es este lugar uno de los motivos por los que Gerónimo convivió tantos años con su mamá:

—Las relaciones de acá me tiran mucho, creo que lo único que me quedaba era el colegio y si dejaba eso iba a ser mucho peor. Era el único lugar en el que me salía disfrutar, en el colegio era otra persona.

No obstante, no siempre fue todo tan claro. Al principio la vergüenza aparecía. Más allá de asistir a un colegio privado, de tener todas las necesidades básicas saldadas y herramientas para tener clases con cierta normalidad, Gerónimo a veces ocultaba lo que le pasaba:

—Me daba vergüenza hablar de esto, creía que mis amigos no tenían la madurez para entenderlo.

Por unos segundos la imagen se congeló. Sin embargo, no había problemas de conectividad si no que Gerónimo no parpadeaba. Tal vez por sus recuerdos o tal vez por sus amigxs. Con la sonrisa nuevamente en el rostro, explica:

—Con el tiempo aprendí a contarlo, a decirlo sin vergüenza. Es la mejor forma de sanarlo.

La situación finalmente lo sobrepasó.

—En cuarto, o sea hace dos años, mi vieja estaba peor y yo la estaba pasando muy mal. Un día, nos sentamos a hablar mi hermana, mi viejo, mi tía y yo, y me dijeron que algo teníamos que hacer.

Aquel día fue un quiebre en la vida de Gerónimo: decidió mudarse con su tía porque, según él, ya no podía seguir en ese lugar. Además, nunca había tenido problemas académicos hasta ese año que a Gerónimo le costó aprobar todas las materias.

—Mi tía me invitó a mudarme con ella. Es como una mamá para mí.

A pesar del cambio, la situación no mejoró. Al año siguiente, durante los primeros meses y Gerónimo de viaje, su mamá tuvo una recaída, la internaron y estuvo en una situación límite. No obstante, algo se había roto:

—Estuvo tres meses internada y en ese tiempo no fui a verla. No porque no me dejaban, sino porque no quería. No entendía qué me pasaba. Tal vez no fui muy consciente de que quizás le podía haber pasado algo.

Se siente juzgado y antes de que alguna pregunta aparezca en la entrevista, afirma:

—Si hay alguien que vivió su problema fui yo.

Todo el 2019 vivió con su tía. Aunque su mamá se recuperó y está llevando a cabo un proceso de rehabilitación, Gerónimo eligió mantener cierta distancia. Finalmente, en los primeros meses del 2020, volvió a verla.

Entonces aparece la pregunta, ¿cómo llegó a convivir con su papá toda la cuarentena?



—La cuarentena nos agarra a mi tía y a mí en La Plata. Los primeros días de mayo salieron los permisos y mi papá, que vive en Buenos Aires, me invitó a vivir con él.

Gerónimo mira alrededor y dice que aún se está adaptando a su nuevo hogar. No sabe si será permanente, pero sostiene que está disfrutando este momento:

—Esto es nuevo para mí. Nunca había vivido con él, tenemos nuestro carácter pero estamos disfrutándolo.

En este sentido, es común ver circular en diferentes programas televisivos y en las redes sociales, un discurso tanto contradictorio: “las crisis también son oportunidades”. Sin embargo, para Gerónimo fue así:

—Estoy disfrutando mucho más de mis amigos, de mi novia, de mi papá, de cosas que antes no podía. Me estoy preocupando por otras cosas.

\*\*\*

### “SOY UN PRIVILEGIADO”



La *PlayStation* y la televisión están prendidas hace algunas horas. Alrededor casi no se ve nada, solo un reloj de pared que marca las 1:45 a.m. De repente, se escuchan gritos y risas. Gerónimo se levanta de su pequeño sillón que está frente a la televisión, se le cae el *jostick* y grita “gool” pegando el auricular a su boca. También algunas puteadas. Se ríe por segunda vez y les dice a sus amigos que no quiere jugar más,

que ya ganó demasiadas veces. Después de quedarse callado por unos minutos, dice que sí, que está bien, que no jugaría en serio pero que jugaba igual.

—Dale amigo, ¿me estás jodiendo? No es normal tener eso.

Gerónimo presta más atención a lo que escucha que a lo que ve: el juego pasa a un segundo plano y se concentra en explicar lo que piensa a sus amigxs.

—Para... dejame explic... ¿Puedo hablar? —está enojado, no tanto por la interrupción sino por lo que escucha. No es la primera vez y no entiende cómo pueden pensar así—. ¿Cómo pensás que es normal tener un baño en tu pieza? Pará un poco.

En esas charlas nocturnas que a veces duran toda la madrugada, características de la cuarentena, sus amigxs y él no solo juegan a la *Play* sino que también hablan de la vida, de sus preocupaciones y, también, se cuestionan.

—Pasa que mis amigos son muy pudientes, para ellos es común irse todos los años a Europa. Muchos tienen una casa acá y otra en Cariló.

Elxs lo normalizan a eso, dice. Se refiere a tener muchas cosas materiales. Demasiado, tal vez. No obstante, también lxs entiende:

—Les he querido explicar muchas cosas a mis amigos que para ellos son normales. Es como te decía, depende mucho del contexto y de la educación de cada uno.

A pesar de que se pregunta por qué algunxs tienen tanto y otrxs tan poco, Gerónimo cae en el prejuicio. ¿Acaso tener dinero significa no entender los diferentes contextos? Puede que sus amigxs a veces no miren para el costado, pero: ¿no nos sucede a todxs lo mismo?

Sus cuestionamientos y su mirada crítica no siempre fueron así. Según él, fue un proceso en el que al pasar los años comenzó a abrir los ojos.

—Cuando tenía 12 años mi viejo se quedó sin laburo y la verdad que la pasamos muy mal. Sin embargo, yo veía a mis amigos que tenían de todo, que les compraban todo lo que querían y yo era un pelotudo que pedía las mismas cosas.

Muchxs jóvenes intentan cuestionar lo que tienen y por qué lo tienen. Especialmente en este contexto, donde la pandemia no descubrió nada, pero si agudizó las desigualdades ya existentes. Y de qué manera.

En su favorable contexto, donde cuenta con los recursos materiales y económicos, Gerónimo en algunas ocasiones pone en tensión lo que dicen sus amigxs y también a él mismo.

Menea la cabeza, no le gusta lo que hizo y aún hay más recuerdos:

—Yo siempre crecí en un contraste bastante marcado con la realidad de mis amigos. Me sentía miserable cuando iba a la casa de ellos y veía lo que tenían. En cambio con mi vieja estábamos en un monoambiente y me daba vergüenza invitarlos.

Gerónimo se enoja con su actitud del pasado. Y sí, ¿no es un privilegio ya vivir en un departamento? Es cierto, tal vez sus amigxs tienen una mejor posición económica pero eso no significa que él sea pobre.

Sin embargo, dice que ahora que es más grande, puede entender algunas actitudes:

—Muchas veces me he enojado por tantas cosas y hoy me doy cuenta que fui un pendejo de mierda.

\*\*\*

Son muchxs lxs estudiantes de todo el país que no tuvieron la misma suerte que Gerónimo y que no han tenido clases online, por falta de acceso a internet o a un dispositivo. También, en caso de tenerlo, muchxs tienen que compartirlo con toda su familia o no saben usarlo.

En este sentido, María Ester Mancebo (2020, RePeLe Online), pedagoga uruguaya, analiza la situación y el impacto de la pandemia a nivel regional y se pregunta “¿Cómo educar en América Latina, que contiene tantas desigualdades, en este contexto tan incierto?”. Además, denuncia que la crisis sanitaria condiciona socialmente a lxs más desposeídxs y sostiene que para ellxs, los recursos y elementos para seguir conectadxs a la escuela son menores.

En esta misma línea, La Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) expresa en uno de sus informes que había cerca de 60 millones de personas en situación de pobreza antes de la pandemia. Sin duda, la cifra aumentó. Se estima que ese número creció a 84 millones y que en los meses siguientes, seguirá en ascenso.

Sin embargo, la pandemia no ocasionó algo nuevo si no que profundizó y evidenció aún más las situaciones desfavorables para la gran mayoría de la población argentina. Mónica Pini (2020, RePeLe Online), doctora en educación, culpa a las políticas públicas, en especial, a las desarrolladas durante los últimos 4 años por el ex presidente Mauricio Macri. En este sentido, sostiene que se han alimentado diferentes discursos como “la escuela pública es la escuela de lxs pobres” o “educación en pos de la virtualidad”. No solo se han pregonado estos discursos sino que se ha llevado a la práctica a través de la finalización del programa Conectar Igualdad y mayor flexibilización laboral, entre otras políticas neoliberales.

Es en este contexto de crisis que Gerónimo se considera una persona privilegiada. Sin duda, lo es. En primer lugar, no necesita salir a trabajar para

satisfacer las necesidades básicas. Por otro lado, su rol como estudiante también está en una situación más que favorable: conectividad y continuidad pedagógica más que asegurada. Él mismo lo sostiene:

—Las posibilidades que tengo de aprender son tremendas. Ahora te estoy hablando de un celular, pero también tengo una computadora donde puedo buscar cualquier cosa.

Sin embargo, Gerónimo sigue siendo crítico con su actitud del pasado para mejorar en el futuro. O eso dice él. Es por eso que se pregunta por las desigualdades ya existentes pero acentuadas por la pandemia:

—Lo más triste es que la gran mayoría no tiene posibilidades de estudiar y manejarse en las condiciones en las que se maneja. Es demasiada la desigualdad que hay.

Gerónimo respira y reflexiona en silencio. Finalmente sentencia:

—Claramente tuve suerte en la vida. Tengo techo, comida y realmente eso es algo que no todos tienen.

\*\*\*



#### LA NUEVA Y FORZADA... ¿COMODIDAD?

Los pasillos y las aulas que recorrían Gerónimo, sus amigxs, docentes y directivxs, siguen en las escuelas. Sin embargo, se transformaron. Sus significados, usos y apropiaciones

han migrado a la virtualidad y sus habitantes también. Lxs que pudieron, por lo menos.

Para aquellxs estudiantes privilegiadxs, las adaptaciones fueron muchas y variadas: algunxs que ya venían trabajando con plataformas virtuales se acostumbraron rápidamente. A otrxs, forzadxs y ante la falta de uso de la virtualidad, les costó un poco más. De más está decir que también depende de la institución educativa que te envuelve: si *Google Drive*, por ejemplo, era un hábitué o si la virtualidad no era una opción.

Al igual que Abril, Gerónimo también conoce y trabaja con plataformas virtuales desde hace algunos años. Además, su escuela en este marco de confinamiento, compró y ofreció a sus estudiantes y docentes un entorno educativo único con el objetivo de establecer de la manera más literal posible, una escuela virtual. En esta aplicación, *Microsoft Teams*, educandxs y educadorxs tienen un calendario, un chat, una pestaña para entrega de tareas, una lista de contactos y, sobre todo, la posibilidad de hacer llamadas.

El IJME es parte del Circuito 1. Ana Pereyra, en su estratificación, sostiene que las instituciones que ofrecieron plataformas, como la mencionada, “posibilitaron mantener el encuadre institucional de la actividad pedagógica”. Según ella, hay una razón clave: la concentración de actividades en un solo lugar promueve una organización similar a la de la presencialidad. También, agrega que la comunicación a través de una sola plataforma favorece el vínculo entre familias y escuelas.

Gerónimo cierra los 7 archivos PDF que tiene abiertos simultáneamente en la computadora. Casi que sí, pero no. Algo le falta: siente que las palabras que leyó no alcanzan. Entonces recuerda el encuentro online que organizó la Facultad de Economía de la UNLP algunas semanas atrás y busca el cuaderno donde anotó las cosas importantes: fechas de inscripción, materias que tiene que cursar en el

primer año, formas de promocionar y demás detalles burocráticos. Esto no sirve, piensa. También cree que si estuviese en la escuela, podría cruzarse en algún pasillo con algunx docente de economía.

La computadora cerrada y apagada hace 2 minutos, vuelve a hacer ese ruido molesto que se escucha cuando se prende. Después de un rato, Gerónimo busca a la misma profesora que hubiese interceptado en un pasillo y le escribe por la plataforma escolar. Por chat. Y la profesora, que estaba conectada, le respondió.

Gerónimo piensa, asiente y compara:

—Fue como estar en el colegio.

Más allá de las facilidades que presenta una plataforma unificadora para docentes y estudiantes, nada reemplaza lo presencial. Gerónimo lo sostiene pero también dice que la virtualidad le copa. Tal vez, si la virtualidad fuese para todxs podría ser una opción.

—Fue medio una novedad, no conozco otros colegios con plataforma.

Y tampoco con acceso a internet o a dispositivos, como les sucedió a la gran mayoría de estudiantes en Argentina. En este sentido, Adriana Puiggrós (2020) en su ensayo “Balance del estado de la educación, en época de pandemia en América Latina: el caso de Argentina” sostiene que existe una gran falta de equidad: por un lado, las escuelas de élite sostuvieron cierta continuidad pedagógica y en el otro extremo “los alumnos perdieron comunicación con sus maestros, excepto cuando muchos de estos esforzadamente los siguieron contactando por medios caseros” (visitas a los domicilios, llamadas por teléfono o uso del *WhatsApp*).

Gerónimo habla rápido pero firme. Dice que sí, que al principio fue difícil, que a sus amigxs y a él les costó.

—Al principio creo que tardás en acostumbrarte... —hace un breve silencio pero luego confirma y repite—, pero a mí la verdad que me copó bastante.

Asiente. Escucha las preguntas pero se apura a contestar para que lo dicho suene aún más convincente:

—Sí, obvio. La verdad que en cuanto a lo tecnológico estamos re acompañados, en comparación con otros colegios.

\*\*\*

A veces, la comodidad dura poco. Para Gerónimo también:

—Lo seguro es que no me siento mejor. Me desanima tener clases o hacer las tareas en mi casa.

Se mueve en el lugar, se levanta, la cámara se mueve rápidamente y la imagen se distorsiona. Pide perdón pero vuelve a moverse. No tiene un lugar específico para tener videollamadas: a veces su pieza, otras el living y en los días soleados, el patio. Tampoco una posición para sentarse. Al igual que con la virtualidad, Gerónimo está cómodo pero se incomoda rápido.

Francesco Tonucci es un pedagogo italiano y en una nota para *La Nación* en comentó su solución para “sacar el jugo” a las prácticas pedagógicas en este contexto: “convertir la casa en un ‘laboratorio’ donde los padres sean los asistentes de los maestros y en el que cada espacio, se convierta en la oportunidad de aprender algo nuevo”.

Más allá de un discurso dirigido a un sector de la población y que claramente ignora desigualdades, Tonucci olvida también que las escuelas poseen espacios pensados exclusivamente para su uso. Lugares que son



reinterpretados por lxs estudiantes pero que, sin lugar a dudas, son percibidos como únicos.

Mi intención no es defender la educación tradicional pero tampoco es deslegitimar a la escuela como espacio pensado para el aprendizaje. El 2020 es un contexto inédito, pero nuestras decisiones y percepciones tienen que ser situadas y, sobre todo, pensadas a través de nuestros procesos históricos.

Gerónimo, tal vez sin notarlo, cuestiona a Tonucci y habla de la privacidad. Sostiene que no le molesta prender la cámara pero que él ya no es el mismo.

—No me siento vigilado ni por la escuela ni por mi familia, es más algo mío que capaz estoy perseguido a ver si me dicen algo.

No solo los espacios y la falta de privacidad se convirtieron en moneda de cambio para Gerónimo sino que, sin pensarlo, también su actitud en las clases virtuales:

—Me da vergüenza que me escuchen —Gerónimo suelta una carcajada y explica entre risas el porqué—, en el colegio digo boludeces pero ahora estoy en el living haciéndome el gracioso en clase y no da.

Ahora sí nos reímos los dos. Sin duda algo se perdió: las risas por ejemplo. Gerónimo sostiene que prefiere estar en el aula y contradice lo que dijo hace algunos segundos:

—Es incómodo que se vea tu casa y diferentes espacios. Juega un montón la privacidad.

\*\*\*

Se apura a escribir lo que escucha en la computadora mientras la lapicera baila en su mano y sus ojos se pelean entre el cuaderno y la pantalla. De repente, la imagen se congela, se escuchan varias puteadas y al botón del *mouse* que no tiene respiro. Unos segundos después, la conectividad vuelve y Gerónimo le pide por favor a su profesor de matemática que le explique nuevamente.

—Sí, cómo no, Gero. ¿Dónde te quedaste?

Cuando le pregunté sobre la tarea docente en este contexto, fue el primer profesor que me nombró. No por su materia, no por sus capacidades, sino por su actitud. Según Gerónimo porque es grande.

—Le mete mucha garra, grupo de *WhatsApp* y videos de *YouTube*. Pasa que el tema de la virtualidad a ellos les cuesta un montón.

Gerónimo se refiere a lxs docentes, a su profesor de matemáticas que después de 30 años de dar clases en el aula, se tiene que re significar en la virtualidad. Más allá de que cuenta con los recursos necesarios de accesibilidad y simbólicos que otrxs docentes no tienen, el esfuerzo existe.

—A veces, esperamos que tengan la misma rapidez que tenemos nosotros y eso es exigirles —piensa con la boca abierta y las palabras en la boca—. Creo que en este momento de pandemia les cuesta más a ellos que a nosotros.

Se escuchan tres o cuatros golpes en la puerta y a Gerónimo pidiéndome perdón. Se olvida de apagar el micrófono y escucho que le dice a su papá que sí, que le ponga todo, que no sabe si le gusta el brócoli pero acepta la innovación. Unas risas gruesas irrumpen en la entrevista y solo veo una mano despeinando el pelo lacio del entrevistado.

—¿Qué te decía?

—Me hablabas de lxs docentes en este contexto.

—Ah sí, que hay que tener empatía. Creo que hay que tratarlos como a nuestros viejos.

\*\*\*

### ¿Y MAÑANA?



—Yo creo que sin dudas va a seguir como antes.

Gerónimo habla desilusionado. No está a favor de la educación tradicional. Sin embargo, se contradice y expresa que la pandemia evidenció y apuró una etapa necesaria de transición. Puiggrós (2020) también se refiere a un momento de cambio cuando piensa en las vicisitudes del regreso: “estamos ante una nueva articulación entre la enseñanza presencial y virtual”.

—Creo que nosotros estamos en una etapa de transición en los espacios educativos.

Deja de hablar por unos segundos. Piensa bien lo que quiere decir porque no quiere que se malinterprete:

—Con los docentes también sucede algo parecido. Creo que es algo generacional.

—¿Cómo generacional?

—Claro, tuve profesores que me cagaron a pedos por una cuestión de poder. En cambio, otros que me exigían pero de una buena manera y eso termina siendo mucho mejor.

No obstante, las dudas inundan el pensamiento de Gerónimo. No sabe si están preparadxs para una educación totalmente virtual pero tampoco cree que

la educación tradicional sea lo mejor. Según él sin pandemia tampoco hubiese aprendido mucho. Entonces, sentencia polémicamente:

—Creo que los estudiantes no están aprendiendo hace mucho tiempo.

\*\*\*

—Me siento muy culpable cuando pienso que no puedo ver a mis amigos porque hay gente que no le puede dar de comer a sus hijos.

Pienso que tiene razón pero le digo que tampoco es su culpa y que se puede sentir mal por no ver a sus amigxs. Entonces me responde algo que a varias personas nos pasó:

—Pasa que tengo sentimientos encontrados.

Nos reímos ambos, aunque sea a través de una pantalla. Él me dice que se trata de eso:

—¿De qué?

—De esto, de valorar los momentos. Me pasa que no sé disfrutar el presente y ahora en la pandemia creo que eso se agudizó el doble. Por esto decidí tratar de disfrutar más y de vivir el ahora.

Tal vez es un discurso trillado, un tanto descontextualizado, pero real. Le digo que terminamos, que gracias, que fue una gran entrevista. Entonces, me sorprende:

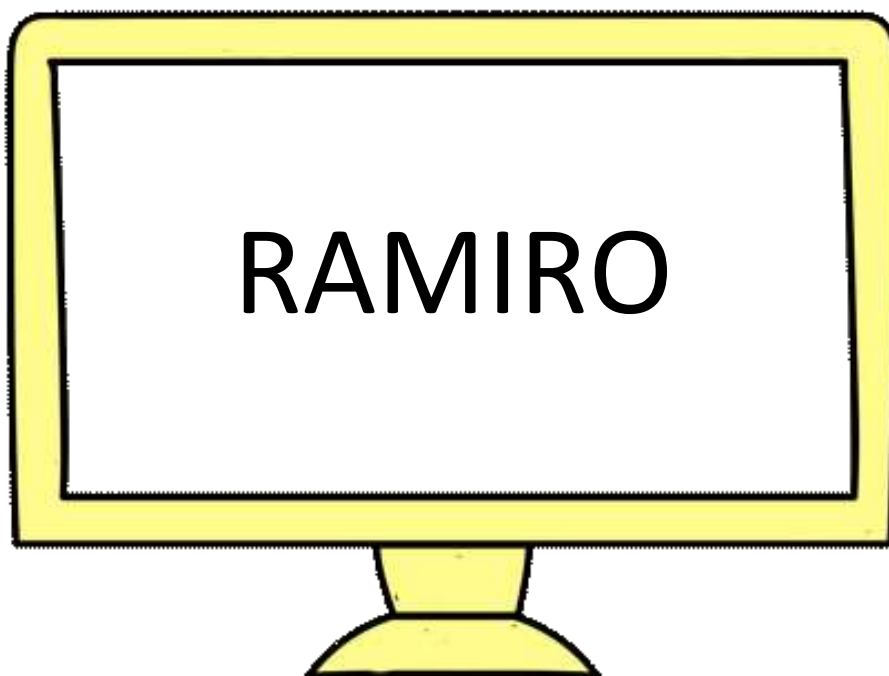
—¿Ya está?

Tiene ganas de seguir hablando y, sobre todo, de ser escuchado. Entonces solo se me ocurre preguntarle si quiere agregar algo más:

—Y... Valorar los privilegios que tenemos. Creo que hay que centrarse en las cosas que te hacen bien: los amigos, la familia. Son las cosas más lindas que tengo y ahora no las estoy teniendo.

Duda por unos segundos y afirma:

—Lo mejor es hacer las cosas que te hacen feliz, si no vivís de recuerdos.



## UNA LOCURA

La ronda es pequeña y en el medio de la mesa una torta de chocolate con 18 velas es el centro de todas las miradas. Simultáneamente a los aplausos, al canto unísono de feliz cumpleaños, a las sonrisas que ignoran lo que sucede



alrededor por unos segundos, un chico que no sabe a dónde mirar, recorre con sus ojos las caras de todxs lxs que lo acompañan y piensa que los dedos de una mano le alcanzan para contarlx.

Entonces, sonríte, sopla las velas que se apagan y todxs aplauden. Los abrazos son muchos, las luces reaparecen y por una puerta lateral ingresa una señora con dos bandejas gritando que todavía quedan muchos dulces. No hay muchxs invitadxs, tal vez porque hace algunas semanas se habla de un virus o porque Ramiro prefiere los cumpleaños en privado.

Cuatro amigxs, algunos tíxs y su novia, lentamente comienzan a despedirse: se abrazan muy fuerte. Hace tres días, el Gobierno Nacional recomendó el aislamiento. De fondo, las voces del televisor comienzan a tomar más fuerza: “inicia la conferencia de prensa del presidente de la Nación...”. Ramiro y su familia se quedan en soledad y se sientan frente a la televisión para escuchar lo inédito: aislamiento obligatorio en todo el país durante dos semanas.

—Estábamos terminando el curso de ingreso. En la facultad ya se hablaba del COVID-19. También estaba el tema del dengue.

Mientras habla los recuerdos se pelean por salir. Entonces, los enumera: el curso de ingreso, la primera vez que escuchó sobre el COVID-19, cómo oportunamente volvió a su casa en el interior de la provincia, su cumpleaños y que todo esto le parece algo poco creíble.

—Terminé el curso de ingreso, volvimos con mis hermanas, festejamos mi cumpleaños y al otro día se suspendió todo.

Ramiro Vega es estudiante de primer año de la Facultad de Periodismo y Comunicación social (FPyCS), en La Plata. El centro de estudiantes de la misma, la Agrupación Rodolfo Walsh, el 11 de marzo compartió en sus redes sociales la primera publicación en relación con la crisis sanitaria: recomendaciones ante la enfermedad emergente. El día siguiente, la UNLP publicó la resolución nº 428 que determinó que todxs aquellxs que habían vuelto de viaje durante los últimos días, debían hacer cuarentena obligatoria por dos semanas. Lentamente, el Coronavirus comenzaba a ser protagonista en todos los rincones del país.

El viernes de aquella semana, es decir el 13 de marzo, Ramiro y todxs lxs estudiantes de primer año concluyeron la materia introductoria Taller de Introducción a la Comunicación Social. En algunas fotos publicadas aquel día en el *Instagram* del centro de estudiantes, las sonrisas todavía permanecían y en los pasillos de la facultad reinaba un clima festivo. Sin embargo, ante el continuo avance de la enfermedad, el 15 de marzo la UNLP decidió suspender las clases presenciales hasta el 31, que reiniciarían con normalidad. O eso pensaban.

Ramiro logró volver a Chacabuco ni bien concluyó la primera materia de la carrera. Seguramente porque quiso compartir su cumpleaños con seres queridxs, porque lxs extrañaba o simplemente porque todavía no se acostumbraba a su nueva vida con sus hermanas en La Plata. Los motivos fueron muchos pero ninguno predijo lo que se avecinaba:

—La verdad que pensamos que eran 15 días y listo.

Finalmente, el 20 de marzo inició el confinamiento obligatorio en Chacabuco y en todo el país. Como proponen Alejandra Cardini y Vanesa D'Alessandre (2020) en su ensayo “La escuela en pandemia. Notas sobre los desafíos de la política educativa” y en consonancia con la familiarización de todas las esferas de la vida cotidiana como principal medida para combatir la



enfermedad, “el ASPO puso contra las cuerdas al régimen de presencialidad que sostuvo al sistema educativo durante los últimos ciento cincuenta años”.

Unos dedos largos y finos recorren inconscientemente el sucio borde del mate. Los ojos no evitan la cámara y los recuerdos no desdibujan su sonrisa. Sin embargo, Ramiro dice que al principio se asustó:

—Ver a alguien con barbijo asusta. Pasa que acá recién caímos cuando pusieron la cuarentena. Cuando empezaron a aparecer los casos de golpe, chau.

Finalmente sentencia:

—Me cuesta creer lo que está pasando. Ya nadie sabe nada, todo esto es una locura.

\*\*\*

#### ADAPTACIÓN A LO NUEVO: UN PROCESO DIFÍCIL PARA TODXS



8:20 a.m. y un ruido parecido a campanas en movimiento rompe la tranquilidad en la oscura habitación. Después de algunos segundos, una mano emerge entre las frazadas y toca varias veces la pantalla del celular. Aumenta el volumen del sonido pero la mano no se desespera: su dedo índice sigue apretando la pantalla. Finalmente lo logra y la paz retorna. 10 minutos después, la alarma vuelve a sonar y Ramiro la cancela nuevamente.

El sol en la cara lo despierta. No entiende dónde está, se lleva las manos a la frente e intenta esconderse del sol. No lo logra. De repente, abre los ojos sobresaltado, busca el celular y ve lo que no quiere ver: 10:35 a.m.

Casi corriendo se pone algo de ropa, busca a su familia en su casa pero solo encuentra a sus hermanas con caras de preocupación: no hay internet.

—Y... todo empezó medio mal.

Ramiro se ríe mientras recuerda el día de inscripción a las materias de la facultad.

—Cuando me tenía que anotar a las cursadas se me cortó internet. Todo para atrás.

El SIU Guaraní es el sistema de gestión académica que utilizan casi todas las facultades de la UNLP. Esta plataforma que organiza y nuclea las inscripciones a las materias, además de ser conocida por lo que ofrece, también lo es por su supuesta ineficacia. Es común escuchar comentarios en relación al colapso de la plataforma en los días de inscripción o que rápidamente se llenan los cupos en las materias. Ramiro, que no tuvo internet durante todo el día, finalmente se inscribió en los días siguientes: tarde.

—Me quedaron muchos horarios a las 6:30 p.m. Un bajón la verdad. Al principio no me jodió, total estaba en mi casa.

Además de menear la cabeza de un lado a otro, también se muerde el labio inferior y piensa todos los problemas que tuvo con la conexión a internet:

—Después estuve compartiendo internet con mi vecino que de un día para el otro nos lo cortó. Me quería morir —sigue pensando y agrega—: fue la semana que teníamos que hacer los primeros parciales encima. Ahí me súper atrasé, tenía que ir todos los días a lo de mi abuela a estudiar.

Ramiro no siempre contó con internet. Sin embargo, superó los inconvenientes presentados yendo a lo de su abuela. Más allá de la incomodidad, siguió conectado y manteniendo la necesaria continuidad pedagógica. No obstante, no todos tuvieron la misma suerte. O mejor dicho, los mismos privilegios.

En este sentido, Oscar Graizer (2020), licenciado argentino en Ciencias de la educación, en su ensayo “Contextos de transmisión: entre lo que es y lo que está siendo” realizó un relevamiento sobre diferentes situaciones en relación con la conectividad: determinó que el 18% de los adolescentes no cuenta con acceso a internet en sus hogares, porcentaje que aumenta al 21% entre estudiantes de escuelas públicas. Además, este porcentaje se incrementa “al 28% de los jóvenes entre 13 y 17 años en hogares destinatarios de la Asignación Universal por Hijo (AUH)”.

Sin dejar de mirar la pantalla, Ramiro recuerda los primeros meses de la cuarentena y afirma que no tuvo mucho tiempo libre, o eso creía:

—Abandoné todo cuando empezaron las cursadas. No tenía tiempo... En realidad creía que no tenía tiempo.

Además de las dificultades que presenta una carrera universitaria, el inicio de la etapa facultativa es un gran desafío para todos los estudiantes. No solo cambia la dinámica de las prácticas educativas en comparación con el nivel secundario, sino que aparece la necesidad de autonomía en este nuevo espacio educativo, donde la organización de los tiempos es uno de los grandes escollos a superar. En este sentido, la pandemia y el consecuente confinamiento, agudizaron la adaptación a esta nueva etapa. Por lo menos a Ramiro el principio le costó.

Mientras Ramiro habla sobre el tiempo me distraigo por unos segundos y me cuestiono si no me pasó lo mismo a mí también. También pienso en esa

minoría que contó con la oportunidad de poder resguardarse en su hogar y me pregunto: ¿no se recargó de actividades simplemente por creer que en su casa tenía más tiempo?

Inés Dussel (2020), en el conversatorio virtual *La Clase en Pantuflas* organizado por el canal ISEP, propone que la falta de un espacio físico, es decir la ausencia del aula y lo que conlleva, no se puede reemplazar con la virtualidad. En este sentido, propone que la ruptura de fronteras y la domesticación de todos los ámbitos “no son buenas para las escuelas, ni familias, ni para los estudiantes” y provoca que “los chicos pierdan la posibilidad de construir autonomía”.

Se lamenta con algunas risas de por medio. Agarra el control remoto, lo mira con cierto enojo mientras repite que tempranamente abandonó las series. Después de algunos segundos de silencio ininterrumpido, Ramiro intenta resumir y entender lo que le pasó:

—El gran problema mío fue no poder organizarme con los tiempos.

Sin necesidad de preguntas, decide escupir lo sucedido los primeros meses en la facultad y, sobre todo, en pandemia:

—Hubo un tiempo en que me levantaba a las 8 y me dormía a las 2. Solo paraba a comer y a merendar. Entonces llegó un momento en que la cabeza no me dio más.

\*\*\*

A pesar de las dificultades propias de los comienzos, Ramiro tiene sentimientos encontrados. Por un lado, sostiene vehementemente que siempre se sintió acompañado por la Facultad y su familia. La defiende y la compara con

otras instituciones educativas para sacar la conclusión de que, según él, hay que sacarse el sombrero.

—Todxs lxs que forman parte de la Facultad me apoyaron, en especial lxs tutorxs. También hay que sacarse el sombrero con lxs profesores.

En la Facultad de Periodismo y Comunicación Social durante el curso de ingreso, a cada comisión se le asigna unx tutorx que, generalmente, es unx compañerx que está cursando los últimos años de la carrera. Además de explicar los datos burocráticos, estxs actorxs cumplen un rol fundamental para lxs estudiantes ingresantes: acompañarlx.

—La Facultad de periodismo en comparación a otras, en la organización y predisposición, es muy distinta. Tenemos grupos de *WhatsApp* y también nos dieron un número de la facultad para comunicarnos

No obstante, a pesar de los elogios, Ramiro también desliza ciertas críticas para con lxs docentes:

—Los primeros días fueron caóticos. Ponele, arrancaba mañana la cursada y no tenía ningún mensaje de lxs profesores.

Ramiro no grita pero se apura a relatar los primeros días de cursada:

—Ahí les empecé a mandar mensajes a todxs. Me pasó que entré tarde a algunas cursadas porque algunxs profesorxs no me habían avisado que iniciaba.

Sin embargo, rápidamente desestima las críticas y entiende que el contexto afectó a todxs. Sin dudar, sostiene que lxs docentes se enfrentaron a un desafío para el que no estaban preparadx:

—Creo que los docentes trataron de hacer que llegue de la mejor manera, pero a veces la modalidad virtual hace que no se interprete de la misma forma.

Las opiniones enfrentadas de Ramiro son consecuencias implícitas de algunos discursos presentes en el imaginario social como “educación del futuro”, “el docente del futuro” o “la escuela del futuro”. Estos eslóganes se han agudizado por la pandemia y por la virtualidad de la educación tradicional.

En este sentido, Daniel Brailovsky (2020), doctor en educación y maestro en el nivel inicial, en su ensayo “Ecos del tiempo escolar” sostiene que se busca instalar un falso progresismo apoyado en las tecnologías. De esta manera, denuncia que la “urgencia por innovar es también (y especialmente) una necesidad de las empresas que comercializan la tecnología, primeras impulsoras de este ideario”. Además, expresa el debate de fondo que se ha agudizado desde los inicios del COVID-19: aquellxs que creen que “la pandemia ha traído de golpe ese futuro largamente vaticinado” y otrxs que perciben y señalan a las tecnologías como “productos culturales que tienen efectos de poder” y por lo tanto observan a “la tecnologización de la enseñanza con más cautela”.

Finalmente, el autor deja entrever su pensamiento al respecto y sentencia que “hoy más que nunca estamos experimentando las grandes limitaciones de las tecnologías como medios para el encuentro pedagógico”.

Ramiro se mueve en el lugar, incómodo y contrariado, como si sus opiniones repercutiesen en su estado de ánimo. Rápidamente, encuentra la posición indicada y pone en tensión a la educación virtual:

—Creo que el gran problema es el acceso a internet que excluye a muchos. Es muy difícil que todos los alumnos ingresen a las clases, y si sos profesor, tenés que pensar metodologías para aquellos que no las pueden seguir.

Después de un silencio necesario para respirar, Ramiro afirma:

—Este método es muy excluyente.

\*\*\*

## CAMBIANDO



Unos pies descalzos se apuran y cada vez se escuchan más cerca. De repente, en la puerta de la habitación aparece un hombre desnudo con una toalla que le tapa la mitad del cuerpo: desde la cintura hasta los pies. Por unos segundos, mira el interior de la pieza, y al observar lo que está sucediendo, se lleva las manos a la cabeza mientras se muerde el labio inferior. No lo puede ni quiere creer: otra vez su hijo se había quedado dormido durante una clase online.

Mientras el pequeño nudo apenas aguanta que no se le caiga la toalla, el papá de Ramiro intenta despertar a su hijo haciendo algunos movimientos con los brazos. Finalmente, al no tener respuesta y a que se tuvo que acomodar varias veces la toalla, se cansa y decididamente se acerca a Ramiro y lo mueve vehementemente con los brazos.

Con auriculares y la cabeza apoyada en el escritorio, Ramiro se levanta sobresaltado. Con cara de susto le pregunta a su papá qué le pasa y le explica que estaba despierto pero que estaba escuchando unos audios. Los dos se miran por unos segundos de incompreensión y rápidamente la risa inunda la habitación.

—Un profe nos había pasado unos audios explicándonos lo que había que hacer, yo tenía la cabeza apoyada en el escritorio... —la risa no lo deja terminar, se toma un respiro y explica lo sucedido algunos días atrás—, mi papá pensó que me había quedado dormido y vino todo preocupado a despertarme.

Nos reímos abiertamente y Ramiro elige contar otra anécdota propia de este nuevo contexto:

—La otra vez me quedé dormido, entré una hora tarde con la cámara apagada, le dije a la profesora que no tenía *Wi-fi* y todos comenzaron a decirme que me había quedado dormido. Encima la clase ya terminaba, un desastre.

Ramiro se ríe y yo también. La empatía se hace presente y ambos relatamos diferentes situaciones graciosas o inoportunas que nos han sucedido durante estos meses de confinamiento. Al igual que muchas personas más que han migrado a la virtualidad, este novedoso marco nos ha demostrado diferentes lenguajes, reglas, simbolismos y también, anécdotas. Sin embargo, el proceso de adaptación que inició hace algunos meses fue distinto para todxs.

Para Ramiro, a pesar de contar con accesibilidad a internet, de poseer dispositivos tecnológicos y de apropiarse rápidamente del uso de estas plataformas, los primeros meses fueron caóticos. No obstante, esta situación y de manera progresiva, cambió. Ramiro, resume y explica:

—El primer mes fue una locura, en cualquier momento se me caían los pelos. Todo el día metido en la computadora, no paraba en ningún momento. Llegó un momento que la cabeza no me daba para más.

También estuvo cerca de dejar algunas materias pero cuando notó que eran correlativas, es decir que si no las aprobaba no podía cursar otras materias en el próximo período, hizo todo lo posible para aprobarlas:

—Un amigo me avisó de la correlatividad y yo sabía que estaba atrasado con algunos trabajos. Le escribí a los profes, me puse y lo hice.

Además, no olvida el incidente de internet:

—También cuando fui a lo de mi abuela, una mujer grande, me hablaba cada dos segundos. Entonces capaz me ponía los auriculares y chau. Quedó de anécdota.



Ramiro se ríe, tal vez porque superó la desorganización y es tiempo pasado o porque entiende que la exigencia en este contexto de crisis no siempre juega a favor.

—Después empecé a bajar un cambio e intenté relajarme. Yo le tenía miedo a atrasarme.

Ramiro mira la pantalla y espera una respuesta. Ante el silencio, expresa

—Cuando comencé a dormir más, mejoré mucho. Antes, capaz que para un trabajo de una tarde estaba cuatro días.

Finalmente y bajo una visión retrospectiva, Ramiro, aunque se sabe privilegiado, reconoce que le costó. Sin embargo, también presentía que adaptarse solo era cuestión de tiempo:

—Lo bueno es que no me bajé de ninguna materia. El primer mes de adaptación fue una locura, pero el último tramo la verdad que fui un avión.

\*\*\*

Está sentado en el respaldo de su cama. Para tener las manos libres, con algunas mantas y almohadas logra dejar quieto su celular y la cámara casi no se mueve. Al lado suyo, un escritorio sostiene un termo y un mate con yerba usada que evidencia su uso hace algunas horas. De repente, los auriculares dejan los oídos, Ramiro gira la cabeza, dice que sí, pide perdón mirando a la pantalla, se levanta y por unos segundos solo se ve la blanca pared detrás de su cama. Finalmente, regresa y explica que le dio el mate y el termo a su papá. La sonrisa es permanente y da cuenta de su estado actual: comodidad.

—Al principio tenía dudas, pero cada vez me adapto mejor. No me disgusta esta modalidad. Dentro de todo, tengo el acceso y no lo llevo tan mal —hace un silencio por algunos segundos, repite y afirma—: no me disgusta esto.

Las desigualdades sin duda se han agudizado. No obstante, un sector de la población estudiantil ha logrado sacar provecho o se ha adaptado de mejor manera a esta novedosa y obligatoria modalidad. En este sentido, La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) esbozó el informe “Enfoques estratégicos sobre las TICs en educación en América Latina y el Caribe” (2014) a través del cual propone ciertas estrategias y paradigmas desde las cuales pensar esta modalidad y lo que viene.

Así, el ensayo propone centralizar a lxs estudiantes en el proceso de aprendizaje con el fin de hacerlxs protagonistas de “la búsqueda, construcción y comunicación del conocimiento”. Para ello, implica pensar un nuevo papel de lxs docentes: “más como mediadores, facilitadores y arquitectos de itinerarios formativos para el desarrollo de nuevas experiencias educativas”. Así, el informe propone que estas nuevas experiencias “permiten fortalecer la diferenciación, para apoyar diferentes formas de saber y aprender, con actividades y ritmos diferenciados para atender a las necesidades de cada alumno” (p. 35).

Con esta introducción, el informe se enmarca en este contexto de virtualidad donde las tecnologías son protagonistas principales. De esta manera, el ensayo propone usar a las tecnologías para tener un registro preciso y diferenciado de los procesos de aprendizaje. Además, agrega que de esta manera “los estudiantes pueden desarrollar estrategias complementarias de indagación, exploración y auto-aprendizaje”.

Sin dudas las tecnologías tienen mucho por aportar a las prácticas educativas. Sin embargo, es un proceso que se tiene que desarrollar bajo políticas públicas deliberadas y de manera progresiva. La virtualidad en tiempos de COVID-

19 no cumple esos requisitos: se desarrolló en la urgencia de la pandemia y fue excluyente con una gran parte de la población.

Ramiro sostiene que, a pesar de la distancia y de lo que se pierde a través de la educación virtual, aprendió a disfrutar esta modalidad:

—Esperaba que llegara el día de tal materia para tenerla. Capaz la profe estaba a 300 km pero llega un momento que te metés adentro del *Zoom* y es como si estuvieses ahí. Está bueno.

Sin embargo, hay un motivo mucho más grande para estar cómodo y disfrutar de la virtualidad: estar con su familia.

—Es que hace mucho tiempo que no pasábamos tanto juntos, o no festejábamos cosas juntos.

Ramiro tiene dos hermanas mayores, a su mamá y a su papá. Lxs tiene a todxs y lxs disfruta. La obligatoriedad del ASPO les dio la oportunidad a la familia de volver a encontrarse. Él sostiene que siempre fueron unidxs pero que hace muchos años que no compartía tanto con ellxs, especialmente con sus hermanas que hace seis años viven en La Plata.

La comodidad de Ramiro se incrementa por la buena relación con su familia y afirma que no se siente invadido por ella en este contexto de confinamiento y virtualidad:

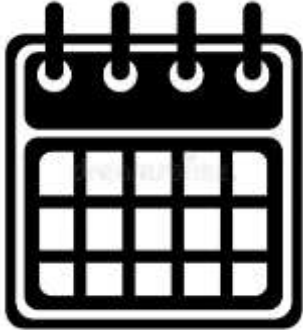
—Las clases virtuales las he hecho en el comedor, con mis hermanas o mis viejos.

Tampoco lo hace por las plataformas virtuales:

—La cámara la tengo todo el tiempo prendida. Al principio era raro y un monólogo de la profesora, pero la verdad que no me siento para nada invadido.

\*\*\*

## HOY, MAÑANA Y PASADO



Oscar Pulido (2020, RePeLe Online), es un pedagogo colombiano que en un encuentro virtual organizado por la Red Latinoamericana de de Estudios Teóricos y Epistemológicos en Política Educativa (RePeLe) se refirió a la importancia del aula para la construcción del conocimiento en continuo y la producción y re significación de subjetividades. En este sentido y criticando a la educación virtual, sostiene que “el acto pedagógico no es una simple yuxtaposición de intervenciones individuales, por muy precisas que sean, sino una construcción, tanto material como simbólica”.

Por unos segundos, se queda callado y piensa la pregunta. Finalmente dice que sí con la cabeza y su voz escupe que es posible generar conocimiento en este contexto:

—Creo que sí, se puede generar conocimiento a distancia. Por suerte, a través de una pantalla se puede—. Ramiro enfoca a la computadora de escritorio que está en la esquina del comedor y agrega: —Poniéndole una buena energía, viendo el lado positivo. Si te ponés negativo, ves que todo es una cagada. Creo que se puede en todos los ámbitos.

Bajo una lógica de sobre determinación, es necesario entender que las personas están atravesadas por condicionantes espacio temporales. De esta manera, la “buena onda” y demás atribuciones positivas también van a depender de un contexto favorable. En este sentido, además de satisfacer las necesidades básicas, Ramiro también cuenta con conectividad, dispositivos, una familia y distintos espacios en su hogar para enfrentar de la mejor manera a la educación virtual.

Una pregunta difícil aparece pero Ramiro no duda y rápidamente contesta, aunque asegura que no sabe cuál es la mejor decisión.

—¿Creen que la escuela y la universidad deben seguir igual a como eran antes de la pandemia?

—Algo va a cambiar: cómo llevaban a cabo las clases los profesores y cómo nosotros vamos a prestar atención. Además, creo que en todos los niveles ocurrirá un cambio para todos.

—Y... ¿Se debe mantener la virtualidad o “esta educación del futuro” que aparece en repetidos discursos?

—Tal vez a la hora de evaluar. Creo que ahora lxs docentes tienen mucha paciencia. No sé bien cómo era antes.

Le pregunto a qué se refiere específicamente. Me ejemplifica con sus experiencias en algunas cursadas, me pregunta por las mías y finalmente sentencia:

—Ahora se nota muchísimo la predisposición.

\*\*\*

Por algunos minutos, la entrevista se convierte en una charla informal y la pandemia es el tema de conversación. Comparamos nuestros lugares de residencia y Ramiro me cuenta que hace algunos días, Chacabuco pasó a fase 5, que ya habían estado en ese estado pero que retrocedieron. Por unos segundos, silenciosamente, lo envidié, ya que aquella etapa es la última escala dentro del esquema que propone el Gobierno Nacional para volver a la “nueva normalidad”.

Intento olvidar mis deseos de que se encuentre la cura y que la pandemia termine. Olvido que a mí también el ASPO me afectó y me concentro en terminar la entrevista:

—Estas preguntas son un poco existenciales pero... —dudo por unos segundos y nuevamente trago saliva para que mis deseos no me confundan—. Imaginemos que desarrollan y se oficializa la cura del COVID-19 y lentamente comenzamos a salir, ¿la pandemia te generó algún cambio personal? ¿Qué reflexión final hacés?

Ramiro está confundido y dubitativo:

—Uh... no sé che, me mataste.

Nos reímos, le digo que se tome unos minutos, que sí, que son existenciales. Finalmente y después de construir la respuesta en su mente, esboza:

—Creo que sí, me hizo valorar más las cosas, repensarlas. Antes no le daba mucha bola a los momentos simples con mis hermanas y mis viejxs, pero en momentos así...—se calla por un segundo, la voz mínimamente se rompe pero concluye con una sonrisa— en momentos así te das cuenta quienes son las personas que en verdad te aprecian. Los dedos de una mano te sobran para contar a los amigos.

Acepto con la cabeza. Nos quedamos en silencio los dos, extrañando y anhelando en silencio. Finalmente, rompo el momento de reflexión y le pregunto si quiere agregar algo más y se me ocurre preguntarle si cree que todo volverá a ser igual que antes:

—No sé qué decirte. Va a ser re raro. Creo que no volveremos a la normalidad porque la normalidad era el problema.

—¿A qué te referís?

—Eso, que el problema somos nosotros me parece.





# REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS



- Arata, N. (2020). La escuela frente a la pandemia. Entre la defensa de lo común y la búsqueda de alternativas. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 63-70). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Ayuso, M. (21 de abril de 2020). Francisco Tonucci “Si el virus cambió todo, la escuela no puede seguir igual”. *La Nación*. Recuperado de <https://www.lanacion.com.ar/comunidad/francesco-tonucci-si-virus-cambio-todo-escuela-nid2356227/>.
- Benvegnú, M. A. y Segal, A. (2020). Acerca de ganar y de perder, ¿la clase en modo pantalla?. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 267-278). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Brailovsky, D. (2020). Ecos del tiempo escolar. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 149-161). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Canal ISEP (23 de abril de 2020), “La clase en pantuflas” | Conversatorio virtual con Inés Dussel | ISEP. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=6xKvCtBC3Vs&t=1s>
- Cannellotto, A. (2020). Universidades viralizadas: la formación en y post pandemia. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 213-228). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Cardini, A. y D’Alessandre, V. (2020). La escuela en pandemia. Notas sobre los desafíos de la política educativa. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la*

- emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 113-123). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Chendo, M. (7 de mayo de 2020). Educación 2020: los migrantes forzados. *Iberoamérica Social*. Recuperado de <https://iberoamericasocial.com/educacion-2020-los-migrantes-forzados/>
- Etchevers, M. J.; Garay, C. J.; Putrino, N.; Grasso, J.; Natalí, V. y Helmich, N. (2020). Salud Mental en Cuarentena. Relevamiento del impacto psicológico a los 7-11, 50-55 y 115- 124 días de cuarentena en población argentina. Buenos Aires, Argentina: Observatorio de Psicología Social Aplicada, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Recuperado de [http://www.psi.uba.ar/opsa/informes/opsa\\_salud\\_mental\\_informe.pdf](http://www.psi.uba.ar/opsa/informes/opsa_salud_mental_informe.pdf)
- FILO UBA (21 de julio de 2020). Michael Apple: COVID 19, mercantilización y la pérdida de la educación crítica. [Archivo de video]. Recuperado de [https://www.youtube.com/watch?v=C\\_UuMZ9kxFc&t=1731s](https://www.youtube.com/watch?v=C_UuMZ9kxFc&t=1731s)
- Graizer, O. L. (2020). Contextos de transmisión: entre lo que es y lo que está siendo. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 251-266). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Lorenz, F. (2020). Volver al aula para reconstruir una sociedad. *Revista Anfibia*. Recuperado de <http://revistaanfibia.com/ensayo/volver-al-aula-para-reconstruir-una-sociedad/>
- Magnani, E. (2020). Educación y tecnologías, adentro de la caja. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 85-99). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Ministerio de Educación (21 de mayo de 2020). Jornadas de Formación Docente. Inés Dussel y Flavia Terigi. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=pZYGWi7nHQM&t=4753s>

- Pereyra, A. (2020). Viejas y nuevas desigualdades educativas. Desafíos emergentes a la formación docente. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 125-136). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Prensky, M. (diciembre de 2001). Nativos Digitales, Inmigrantes Digitales, en *On the Horizon*. Recuperado de <https://aprenderapensar.net/wp-content/uploads/2010/10/Nativos-digitales-parte1.pdf>
- Puiggrós, A. (2020). Balance del estado de la educación, en época de pandemia en América Latina: el caso de Argentina. En I. Dussel, P. Ferrante y D. Pulfer (comp.), *Pensar la educación en tiempos de pandemia. Entre la emergencia, el compromiso y la espera* (pp. 33-42). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: UNIPE, Editorial Universitaria.
- Quiroga, P. (2014). De nativos, inmigrantes y la brecha digital: una revisión crítica al abordaje de educación/ tecnología. Ponencia presentada en el XII Congreso Latinoamericano de Investigadores de la Comunicación (ALAIC). Lima, Perú. Recuperado de <http://congreso.pucp.edu.pe/alaic2014/wp-content/uploads/2013/09/GT10-Pablo-Enrique-Quiroga-Branda.pdf>
- RePeLe Online (23 de julio de 2020). Educación, desigualdad y pandemia en América Latina: miradas desde el campo de la política educativa. [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=jMCKiV995xM&t=3240s>
- UNESCO (2014). “Enfoques estratégicos sobre las TICs en educación en América Latina y el Caribe”. Recuperado de <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000223251>





# VIVIR EN LINEA

estudiantes y tecnologías en tiempos de COVID-19

Alejandro Alfonzo

Facultad de Periodismo y Comunicación Social  
Universidad Nacional de La Plata

